

# LA REPRESENTACIÓN DEL ATRASO: MÉXICO EN LA HISTORIOGRAFÍA ESTADOUNIDENSE\*

Pedro L. SAN MIGUEL  
*Universidad de Puerto Rico*  
*Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora*

*Economics has a neurosis,  
the neurosis of modernism [...]*

McCLOSKEY, 1985

## INTRODUCCIÓN

HISTÓRICAMENTE, MÉXICO HA DESEMPEÑADO un papel central en definir las concepciones estadounidenses sobre América Latina; con toda razón se ha hablado del “mexicocentrismo”

Fecha de recepción: 28 de enero de 2003

Fecha de aceptación: 12 de junio de 2003

\* Este artículo forma parte de un proyecto más amplio en torno a la historiografía estadounidense acerca de México. Una versión preliminar fue presentada en el coloquio “Prácticas, representaciones y procesos de significación”, auspiciado por la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco y celebrado en octubre de 2002. Agradezco a Silvia Pappé la oportunidad de participar en dicho evento y a Jorge Castañeda Zavala y Luis Jáuregui, los integrantes del área de historia social y cultural del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora y los dictaminadores de *Historia Mexicana* sus comentarios y sugerencias. De más está decir que cualquier falla que pueda tener este trabajo es de mi entera responsabilidad. Finalmente, dejo constancia del apoyo que he recibido de la

de tales nociones.<sup>1</sup> Por tal motivo, la historiografía estadounidense en torno de México constituye un lugar privilegiado desde el cual escudriñar la “imaginación histórica” en Estados Unidos respecto de América Latina. Uno de los elementos nodales de ese imaginario ha sido el “atraso” o el “subdesarrollo” de la región; se podría, incluso, argumentar que tal noción ha constituido el aspecto fundamental de las figuraciones que han prevalecido en ese país en torno de América Latina. Percepción, dicho sea de paso, que ha contribuido de forma poderosa a definir la identidad de Estados Unidos: así, frente al atraso latinoamericano se presenta el progreso estadounidense; ante las estructuras premodernas del primero, se ofrece como imagen contrastante la modernidad del segundo.

Este trabajo explora las formas en que México ha sido representado en las obras de los historiadores estadounidenses, específicamente en las referentes a su historia económica. Se enmarca en los debates contemporáneos generados por la “nueva historia cultural” en torno de la historiografía. De manera concreta, parto de las propuestas de teóricos como Michel de Certeau, Hayden White y Edward Said.<sup>2</sup> El denominador común de estas tres concepciones radica en su planteamiento de cómo, mediante recursos que son fundamentalmente retóricos y narrativos, se intenta generar un saber pretendidamente objetivo. Así, del primero adopto sus reflexiones acerca de “la operación historiográfica”, de “la escritura de la historia” como una praxis que se realiza desde un “lugar” concreto: un entorno institucional, social y cultural que define tanto las posibilidades como los límites de la escritura sobre el pasado; es decir, que delimita sus posibilidades heurísticas e interpretativas. De White asumo su problematización acerca de los relatos históricos, en particular su argumento de que una “historia” es un “artefacto literario” cuyos contenidos son tanto encontrados como

---

Universidad de Puerto Rico-Río Piedras y del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

<sup>1</sup> TENORIO TRILLO, 1999, p. 63.

<sup>2</sup> CERTEAU, 1993; WHITE, 1986, 1992 y 1992a, y SAID, 1979.

imaginados. En tal sentido, me interesa, parafraseando a Clifford Geertz, estudiar al historiador “como autor”.<sup>3</sup>

Finalmente, de Said adopto sus consideraciones sobre la construcción del “otro” mediante la creación de un saber que pretende representar fielmente “lo real”. Por tal razón, se puede establecer un paralelismo entre la construcción discursiva que hizo la academia occidental sobre el “Oriente” y la que ha realizado el mundo académico estadounidense acerca de “México”. Dicha construcción posee un conjunto de imágenes y metáforas que operan desde una relación de poder cultural —el poder de denominar lo “extraño”, lo “exótico”, lo “ajeno”— y que, al igual que el “Oriente” respecto del “Occidente”, desempeñan un papel determinante en la creación de la identidad. México “es una parte del imaginario o de la necesidad de «otredad» de Estados Unidos, para parafrasear a Tenorio Trillo.<sup>4</sup> Por ende, la historiografía estadounidense sobre México —y, por extensión, sobre América Latina— es un encuentro/desencontro con el “otro”; es un acercamiento/alejamiento a uno que es extraño; es una tentativa, a la vez, por diferenciarse/asemejarse a un foráneo que contribuye poderosamente a constituir la identidad propia pero que, por otro lado, le recuerda constantemente los rostros sombríos e inquietantes de su sociedad.

Al respecto, hay que señalar que, a partir de los años sesenta del siglo XX, emergió en Estados Unidos un gran interés por la historia económica y social latinoamericana; hasta entonces, en la historiografía había predominado la historia política e institucional.<sup>5</sup> Temas como los sistemas de trabajo, las relaciones raciales e interétnicas, los cambios demográficos, los estudios regionales, la estructura agraria, y los conflictos y los movimientos sociales fueron abordados por una “nueva historia” estadounidense que, aunque heterogénea en sus enfoques, metodologías y presupuestos conceptuales, contribuyó a redefinir los paradigmas histo-

<sup>3</sup> GEERTZ, 1991.

<sup>4</sup> TENORIO TRILLO, 1999, p. 65.

<sup>5</sup> CLINE, 1967; TENORIO TRILLO, 1997, y CUMBERLAND, 1968.

riográficos en América Latina.<sup>6</sup> Y si bien esto respondió en parte al influjo de tendencias externas —como la “escuela de los *Annales*” y la historia marxista británica—, lo cierto es que la historiografía estadounidense sobre América Latina tuvo características propias y énfasis particulares. Los rasgos que ella asumió se debieron a varios factores, entre ellos: 1) el predominio en la historiografía de Estados Unidos de un conjunto de grandes temas o “metarrelatos” (la tradición democrática, la modernidad de sus estructuras políticas, económicas y sociales, etc.) que recalcan la peculiaridad de esa nación en el continente americano; 2) la existencia de una tradición de estudios sobre América Latina que se remontaba a la primera mitad del siglo XX, y que si bien era marginal en el mundo académico estadounidense, había realizado aportaciones significativas, sentando las bases para los desarrollos posteriores,<sup>7</sup> y 3) las transformaciones que sufrió la historiografía estadounidense en general a partir de los años cincuenta y sesenta, entre ellas su creciente especialización y la renovación de sus perspectivas, lo que conllevó mayor acercamiento a las ciencias sociales, especialmente a aquellas disciplinas que se orientaron hacia la cuantificación.<sup>8</sup>

Por eso, la historia económica, capaz de emular más fielmente las pretensiones objetivistas de las disciplinas fuertemente matematizadas, como la física y la química, se convirtió en la punta de lanza de ese anhelo decimonónico de convertir a la historiografía en una ciencia.<sup>9</sup> Parecía, en efecto, que el uso de los métodos cuantitativos finalmente posibilitaría el logro del “noble sueño” de la objetividad. La impronta de la cuantificación fue particularmente intensa en Estados Unidos debido, entre otras razones, al empirismo que ha signado sus tradiciones intelectuales. A ello habría que añadir factores como el desarrollo tecnológico, que posibilitó que la computación se generalizara rápida-

<sup>6</sup> KNIGHT, 1998; TAYLOR, 1985, y FLORESCANO, 1991.

<sup>7</sup> HANKE, 1980 y GIBSON y KEEN, 1957.

<sup>8</sup> HIGHAM, 1983; KAMMEN, 1982; NOVICK, 1997, y ZUNZ, 1985.

<sup>9</sup> WHITE, 1986, pp. 42-43.

mente en el mundo académico a partir de los años sesenta del siglo pasado.<sup>10</sup> Si, como señala Donald McCloskey, “una ciencia es una clase de objetos y una forma de conversar sobre ellos”,<sup>11</sup> entonces se puede afirmar que los métodos cuantitativos, las computadoras y los poderosos programas empleados para analizar los datos estadísticos han contribuido de manera contundente al surgimiento de un determinado lenguaje sobre el pasado; es decir, han generado “una forma de conversar” sobre la historia de las sociedades. En dicha particular “forma de conversar” sobre el pasado, “los modelos matemáticos y las pruebas de significación y los argumentos sobre el mercado [...] pueden ser vistos como figuras retóricas [*figures of speech*] —metáforas, analogías, y apelaciones a la autoridad”.<sup>12</sup>

El contexto internacional después de la segunda guerra mundial, cuando Estados Unidos adquirió una supremacía universal, también incidió sobre el creciente interés de los historiadores de ese país por la historia económica de América Latina. Entonces emergieron diversas posiciones en torno al “problema del desarrollo” de aquellas regiones del planeta que comenzaron a denominarse —en una clara referencia a los enfrentamientos ideológicos y políticos producidos por la “guerra fría”— el Tercer Mundo.<sup>13</sup> Como era de esperarse, los “estudios sobre el desarrollo”, en sus diversas variantes y modalidades, comenzaron a influir sobre los historiadores estadounidenses dedicados a América Latina. A ello también contribuyó el surgimiento en Estados Unidos de la denominada “New Economic History” (NEH), caracterizada por el uso de modelos econométricos en el estudio del pasado y por su pretensión de replicar el modelo de investigación de las ciencias naturales, por lo que enfatiza en la precisión de sus hipótesis y en someterlas a prueba empleando técnicas de cuantificación. Con-

<sup>10</sup> Para una discusión sobre algunos efectos de la computación y la cuantificación en la historiografía estadounidense, véase HANDLIN, 1997.

<sup>11</sup> McCLOSKEY, 1985, p. 105. A menos que indique lo contrario, las traducciones del inglés son mías.

<sup>12</sup> McCLOSKEY, 1985, p. xvii.

<sup>13</sup> KAY, 1990; PARK, 1995; ESCOBAR, 1995, y BROHMAN, 2000, pp. 9-34.

ceptualmente, la NEH favorece las teorías económicas neoclásicas, razón por la cual sus seguidores dedicados a la historia latinoamericana han emprendido feroces ataques contra las tradiciones dependentistas prevalecientes en América Latina a partir de los años sesenta del siglo XX.<sup>14</sup>

Debido a tales principios, los practicantes de la historia económica —que asumen el cientificismo de su quehacer— usualmente no se plantean como una cuestión epistemológica relevante lo que se ha llamado el “problema de la representación”,<sup>15</sup> es decir, la pretensión del saber occidental de poder reflejar fielmente la “realidad”. Sin embargo, de esas obras se desprende un conjunto de preguntas que remiten directamente a tal cuestión, entre ellas: ¿Cómo representan en sus obras a México los historiadores estadounidenses? ¿Cómo construyen discursivamente el “atraso”, el “subdesarrollo” y la “dependencia”? ¿Quiénes son los “actores” de tales narraciones históricas? ¿Qué papel juegan dichos “actores” en el entramado de los “hechos”?

#### TRAS LOS ORÍGENES DEL ATRASO

Por su interés en el desarrollo económico, los historiadores estadounidenses han prestado gran atención a un conjunto de temas que, desde su perspectiva, son clave para comprender el subdesarrollo latinoamericano. Como evidencian las obras acerca de México, se pueden identificar, por un lado, aquellas que ofrecen perspectivas macroeconómicas sobre su evolución histórica; y, por el otro, estudios sectoriales que examinan los efectos de una determinada actividad económica, usualmente intentando determinar cómo contribuyó al desarrollo (o al subdesarrollo) del país. Entre los primeros estudios se encuentran los trabajos de James Wilkie y Clark Reynolds;<sup>16</sup> entre los segundos, el de John Coatsworth sobre los ferrocarriles durante el porfiria-

<sup>14</sup> Véanse HABER, 1997 y LÉVY-LEBOYER, 1976.

<sup>15</sup> BEVERLEY, 1999.

<sup>16</sup> WILKIE, 1973 y REYNOLDS, 1970.

to, el de Richard Salvucci acerca de los obrajes durante el periodo colonial y la primera mitad del siglo XX, y el de Stephen Haber en torno a la industria entre 1890-1940.<sup>17</sup>

Por varias razones, la obra de John Coatsworth constituye un punto de encuentro de estas dos tendencias ya que ha realizado tanto investigaciones sectoriales (acerca de los ferrocarriles, la producción de alimentos en el porfiriato y la minería) como investigaciones macroeconómicas, especialmente en torno al siglo XIX. Además, el conjunto de su obra evidencia varias de las principales tendencias de investigaciones más recientes efectuadas en Estados Unidos sobre la historia económica mexicana. Entre otras cosas, ilustra las posturas metodológicas y teóricas más férreas en el campo de la historia económica.<sup>18</sup> Fuertemente ancladas en los paradigmas de las ciencias naturales, avaladas por un método que garantizaría la objetividad del conocimiento, esas obras tienden a distinguirse por un discurso que asume la transparencia de sus pruebas y evidencias y que, en consecuencia, circularía “sin ningún tipo de mediación”.<sup>19</sup> En contraposición a los que Donald McCloskey denomina “intelectuales literarios”, quienes usualmente adoptan en sus textos una función autoral de “visibilidad máxima” (*maximum overtness*), estos “intelectuales cuantitativos” operan desde una estrategia de “cobertura máxima” (*maximum covertness*).<sup>20</sup> Camuflados tras los números, las tablas y las gráficas, los intelectuales cuantitativos desean lograr lo que Carrard llama —siguiendo a Bordieu— el “efecto Montesquieu”: conferirle credibilidad a la historiografía recurriendo a métodos provenientes de disciplinas más elaboradas y formalizadas, según los criterios científicistas que emergieron en el siglo XIX. Así se obtiene una “ganancia simbóli-

<sup>17</sup> COATSWORTH, 1976; SALVUCCI, 1992, y HABER, 1992.

<sup>18</sup> COATSWORTH, 1985, pp. 31-33. Más recientemente, en HABER, 1997a se realiza una diatriba contra la “nueva historia cultural” que evidencia las posturas más consistentes de la NEH. Véanse también el debate recogido en *The Hispanic American Historical Review*, 1999 y los ensayos de KNIGHT, 2002 y PICCATO, 2002.

<sup>19</sup> CARRARD, 1992, p. 95.

<sup>20</sup> MCCLOSKEY, 1985, p. 62 y CARRARD, 1992, p. 86.

ca” ya que, por transferencia, se apela a la autoridad y al abolengo de disciplinas más prestigiosas desde la óptica del saber moderno, como la economía y la estadística.<sup>21</sup>

Por las razones anteriores, Coatsworth es, en México, uno de los adalides de la aplicación de los programas de investigación de la NEH; como tal es reconocido tanto en Estados Unidos como en México.<sup>22</sup> Su obra más relevante es *Crecimiento contra desarrollo: el impacto económico de los ferrocarriles en el porfiriato* (publicada en español en 1976), si bien en *Los orígenes del atraso*, un conjunto de ensayos en torno a los siglos XVIII y XIX, ofrece una serie de interpretaciones sobre la historia económica de México que evidencian las propuestas de la NEH. Estos trabajos se centran en un compacto grupo de tópicos que, en conjunto, procuran explicar “los orígenes del atraso” en México, a saber: el papel del Estado en la sociedad, de manera especial su incidencia sobre —o sus vínculos con— la economía (“Los límites del absolutismo colonial: Estado y economía en el siglo XVIII”, “El Estado y el sector externo, 1800-1910”, “Los orígenes sociales del autoritarismo en México”), el examen de actividades o sectores económicos específicos (“La industria minera mexicana en el siglo XVIII”, “La producción de alimentos durante el porfiriato”, “El impacto económico de los ferrocarriles en una economía atrasada”), y visiones globales o macroeconómicas durante un periodo determinado (“Los obstáculos al desarrollo económico en el siglo XIX”, “La decadencia de la economía mexicana, 1800-1860”). El libro también incluye un ensayo sobre “La historiografía económica de México” que, además de realizar un examen de la cuestión al momento de su publicación original en 1988, constituye una suerte de propuesta programática. Al respecto, destaca tanto la urgencia de disponer de “más y mejores cifras” y de ser más precisos en “el uso de la terminología” como la necesidad de contar con “modelos macroeconómicos plausibles”.<sup>23</sup>

<sup>21</sup> CARRARD, 1992, p. 174.

<sup>22</sup> HABER, 1997, p. 6 y SEMO, 1990.

<sup>23</sup> COATSWORTH, 1990, pp. 33 y 35-36.

Ahora bien, ¿cuáles son los elementos más sobresalientes de la interpretación que ofrece Coatsworth sobre el “atraso” mexicano? ¿Cuál es, en otras palabras, el relato que hace del particular? ¿Cómo, por otro lado, emblematizan su construcción de la historia económica mexicana las concepciones de la NEH? Al respecto, quiero proponer que dicha narrativa intenta dar cuenta de una diferencia: la económica (pero también social, cultural y política) de América Latina respecto de Estados Unidos. Subyacente a la construcción de esa diferencia se encuentra la concepción no sólo de que hay unas sociedades más “evolucionadas” que otras —evolución que se define en términos económicos— sino también, de que las sociedades más evolucionadas (las que han logrado la industrialización) son superiores a las que no cuentan con sistemas económicos similares a ellas, conceptuadas, en consecuencia, como “atrasadas” o “subdesarrolladas”.

Así, mediante el lenguaje de los indicadores económicos se establece tanto una jerarquía fundada en los datos empíricos que parece generar la “realidad” misma como una superioridad ontológica y ética. Debido a ello, los mexicanistas pertenecientes a la NEH parten de dos “metarrelatos”: el de la modernización vía la industrialización y el de la excepcionalidad de Estados Unidos. No obstante, esa diferencia que intentan reconstruir posee una génesis, por lo que se puede historizar. En consecuencia, para ellos resulta fundamental determinar el momento en el cual la economía mexicana comenzó a diferenciarse definitivamente de aquellas economías —como la de Estados Unidos— que, desde la perspectiva evolucionista que presupone la idea del desarrollo, representan la norma, el patrón o el modelo histórico que deben seguir los países subdesarrollados.

Ese deseo de fechar “los orígenes del atraso” constituye uno de los aspectos cruciales de la obra de Coatsworth. Para ello, recurre a la construcción de una cronología que delimita de forma categórica la diferencia entre México y los países desarrollados. Esa periodización opera como una

“ficción reguladora”<sup>24</sup> con el propósito de brindarle orden al conjunto de datos —mayormente cuantitativos— que fungen como indicadores del contraste entre la economía mexicana y la de los países desarrollados. El punto de partida de la periodización de la historia económica de México según la reconstruye Coatsworth es el inicio del siglo XVIII, cuando, según él, “la productividad de la economía mexicana era equiparable, probablemente, a la del noroeste de Europa y a la de las colonias británicas en Norteamérica”. No obstante, en 1860 “el ingreso *per capita* de México era tan sólo una octava parte del correspondiente a Estados Unidos y Gran Bretaña”, proporción que se ha mantenido inalterada desde entonces. En consecuencia, concluye Coatsworth: “El atraso económico de México se originó en el siglo que media entre las reformas borbónicas y la Reforma liberal”.<sup>25</sup>

En esta cronología, el periodo de las reformas borbónicas constituyó un momento determinante ya que en él se sentaron las bases del atraso. Uno de los factores que contribuyó a que así ocurriera fue el intervencionismo del Estado, cuyas cargas y restricciones “aumentaban los costos de las empresas, suprimían la iniciativa, distorsionaban los mercados de factores [de producción], elevaban los costos de transacción y reducían la productividad de la economía en general”.<sup>26</sup> Ese efecto distorsionado se manifestó, irónicamente, hasta en la minería colonial, actividad clave desde la perspectiva del imperio ya que buena parte de sus ingresos provenía de la misma y, por consiguiente, fue objeto de una impresionante injerencia fomentalista en las últimas décadas del siglo XVIII. A pesar de ello, las medidas estatales no pudieron impedir la crisis de la minería: por el contrario —aduce Coatsworth—, la intrusión del Estado puede haber contribuido a profundizar su decadencia. De paso, coadyuvó a deformar el conjunto de la economía me-

<sup>24</sup> El término, originalmente acuñado por Frank Kermode, es utilizado en NOVICK, 1997, pp. 28-29.

<sup>25</sup> COATSWORTH, 1990, p. 15.

<sup>26</sup> COATSWORTH, 1990, p. 47.

xicana debido a la excesiva asignación de recursos a la minería por parte del Estado. Es decir, la modernización borbónica terminó patrocinando a una empresa caduca que se sostenía artificialmente.

En consecuencia, la crisis del orden colonial —provocada tanto por la insurgencia en América como por las guerras napoleónicas— le propinó un rudo golpe a la minería mexicana. No obstante, enfatiza Coatsworth, su estado de postración no se originó en el periodo de la independencia. Ésta más bien agudizó los males de esa actividad económica. La independencia contribuyó a la decadencia de la minería en la medida en que la insurgencia causó destrozos y alteró el funcionamiento normal de las minas; pero, sobre todo, porque el desplome del Estado colonial impidió que el sector minero dejara de recibir los apoyos que posibilitaban su funcionamiento. Apoyos que el nuevo Estado independiente fue incapaz de suministrarle debido a su precariedad política y financiera durante las primeras décadas del siglo XIX.

Sin embargo, esta decadencia no se circunscribió a la minería. Entre 1800-1860, “México se iba quedando cada vez más atrás” respecto de las economías del Atlántico norte; rezago, enfatiza Coatsworth, que fue “determinante para la brecha de productividad que desde entonces ha separado a la economía mexicana del mundo desarrollado”.<sup>27</sup> Esa “brecha” no sólo aumentó en esos años: también se convirtió en un rasgo orgánico de la economía mexicana, según evidencian los cálculos que realiza el autor del Producto Interno Bruto (PIB) y del ingreso *per capita*. El ensanchamiento de esa “brecha” se debió a dos razones principales. En primer lugar, porque ese periodo coincidió con la época en que “las naciones industrializadas del Atlántico norte estaban alcanzando tasas de crecimiento sin precedente”.<sup>28</sup> En segundo, porque México fue incapaz de superar lo que, según Coatsworth, eran los “obstáculos” principales al desarrollo del país: un sistema de transporte inadecuado y

<sup>27</sup> COATSWORTH, 1990, p. 110.

<sup>28</sup> COATSWORTH, 1990, p. 137.

una “ineficiente organización económica”, ineficiencia que define como aquellas “limitaciones a la movilidad del capital y el trabajo” que impedían “el desarrollo del mercado de [los] factores de producción”. Tales obstáculos “explican casi toda la diferencia de productividad entre las economías mexicana y estadounidense en 1800”.<sup>29</sup> Eran, en fin, la “geografía” y el “feudalismo” —términos empleados por el autor para denominarlos— los que impedían que México pudiera asemejarse a los países industrializados. Ellos marcaban la diferencia y signaban la desigualdad.

Por tal razón, los momentos y los hechos determinantes en la periodización que construye Coatsworth de la historia mexicana son aquellos que inciden sobre esos “obstáculos”. En lo que al primero se refiere —la falta de medios de transportación adecuados—, Coatsworth destaca el porfiriato debido a la creación entonces de un sistema ferroviario que tuvo “un efecto muchísimo más grande en el crecimiento de la economía mexicana” del que tuvo el caballo de hierro en aquellos “países que estaban pasando por revoluciones industriales”.<sup>30</sup> En México, aduce él, los ferrocarriles contribuyeron directamente con “más de la mitad del crecimiento económico” durante el porfiriato, proporción que supera por mucho la de los países industriales del Atlántico norte.<sup>31</sup>

En relación con el segundo “obstáculo” al desarrollo de México —el “feudalismo”, o la “ineficiente organización económica” del país—, Coatsworth insiste en que durante las primeras décadas del siglo XIX no ocurrieron cambios institucionales significativos respecto del tardío periodo colonial. Tal continuidad afectó las posibilidades de México de crear un ambiente favorable para el desarrollo económico, lo que le lleva a sugerir que “la mayor parte de la brecha entre las economías mexicana y estadounidense [*sic*] en 1800 se debió a diferencias en su organización económi-

<sup>29</sup> COATSWORTH, 1990, pp. 93-94 y 96.

<sup>30</sup> COATSWORTH, 1990, p. 206. Véase también COATSWORTH, 1976, donde detalla su análisis sobre el impacto de los ferrocarriles en la economía de México.

<sup>31</sup> COATSWORTH, 1976, vol. I, p. 148 y vol. II, p. 85.

ca”.<sup>32</sup> Esto fue así a pesar de que los liberales demandaban “un cambio institucional que siguiera el ejemplo de los Estados Unidos y de Europa occidental”. Pese a la debilidad de tales reclamos —que Coatsworth achaca, en clara alusión a la supuesta relación entre burguesía y liberalismo en la experiencia histórica de Europa occidental, a la fragilidad de la “burguesía de México” —, durante la época de la Reforma (1856-1857), del imperio de Maximiliano (1862-1867) y de la República restaurada (1867-1876) se realizaron modificaciones legales e institucionales que fueron generando un contexto más propicio al desarrollo económico. Pero tales medidas resultaron insuficientes para lograr la modernización del país.

Hasta entonces, la historia del México decimonónico es concebida por Coatsworth como una serie de oportunidades perdidas. Incluso, antes de consumarse la independencia de México, las Cortes españolas “ya habían eliminado muchas limitaciones importantes impuestas a la actividad económica”. No obstante, la secuela de “guerras políticas, sociales e internacionales” que siguió a la independencia limitó la capacidad del gobierno nacional y de los grupos privados para superar los obstáculos al desarrollo económico del país.<sup>33</sup> Oportunidad perdida la constituyó también el imperio de Maximiliano, el que, pese a constituir un intento por instaurar “un tipo de gobierno colonial”, adoptó “un programa esencialmente liberal” que contribuyó “a suprimir los mismos obstáculos al desarrollo capitalista que sus enemigos liberales deseaban abolir”.<sup>34</sup>

A pesar de ello, todavía en los años setenta del siglo XIX, al llegar Porfirio Díaz al poder, México carecía de “una nueva superestructura” favorable a “una sociedad capitalista”.<sup>35</sup> Fue precisamente durante el porfiriato cuando finalmente se sentaron las bases institucionales para tal tipo de desarrollo. Al respecto, Coatsworth resalta una paradoja del Estado porfiris-

<sup>32</sup> COATSWORTH, 1990, p. 99.

<sup>33</sup> COATSWORTH, 1990, pp. 99-100.

<sup>34</sup> COATSWORTH, 1990, pp. 103-104.

<sup>35</sup> COATSWORTH, 1990, p. 105.

ta: por un lado, una disminución de su injerencia económica directa, mientras que, por el otro, se tornó más intervencionista en la política.<sup>36</sup> Esta contradicción es indicativa, según él, de la “transformación profunda” del papel del Estado en la economía. Tal “discontinuidad” del porfiriato se manifestó en “la transferencia de recursos económicos a manos privadas” y en “la promoción de proyectos ferroviarios que probaron ser la llave del crecimiento económico de la época, y de la transformación de los códigos e instituciones legales del país”.<sup>37</sup> Para culminar la paradójica novedad del periodo, durante el porfiriato, por primera vez en la historia de México, “el sector externo penetró profundamente tanto en la economía como en el Estado”.<sup>38</sup>

Pero parece que el porfiriato acumuló una paradoja tras otra. Según Coatsworth, la deficiencia de los transportes constituía un impedimento mayúsculo al desarrollo económico de México. De igual forma, la excesiva reglamentación impuesta por el Estado colonial —situación que no solventaron los gobiernos nacionales—, y la falta de códigos y leyes favorables a la modernización de la economía fueron un impedimento para las posibilidades de desarrollo de México a lo largo del siglo XIX. Mas, cuando finalmente se comenzaron a enmendar esos obstáculos, lo que fue una de las marcas distintivas del porfiriato, sus resultados fueron insuficientes o tomaron rumbos inesperados que, a la larga, causaron que México no se desarrollara, sino que se subdesarrollara.<sup>39</sup> Como en una tragedia griega, México fue incapaz de escapar a un destino cruel que lo condenaba a repetir, en grado superior, su pasado de “atraso”. Igual que en los tiempos míticos cíclicos, la historia de México en el siglo XIX representó una vuelta al origen.

En la narrativa que ofrece Coatsworth sobre la historia de México, los factores que debían contribuir a superar el

<sup>36</sup> COATSWORTH, 1990, p. 146.

<sup>37</sup> COATSWORTH, 1990, p. 160.

<sup>38</sup> COATSWORTH, 1990, p. 161. Según el autor, en 1877, 18.6% del PIB provenía del comercio exterior, cifra que aumentó a 23.9% en 1895 y a 30.5% en 1910 (tabla vi.1, p. 143).

<sup>39</sup> COATSWORTH, 1990, p. 180.

“atraso” del país terminan mutándose en causas de su “subdesarrollo”. Al inducir la expansión “espectacular” de la agricultura de exportación y la minería, los ferrocarriles produjeron “un crecimiento económico distinto al que se dio en las naciones industrializadas”.<sup>40</sup> Por demás, los ferrocarriles en México tuvieron pocos efectos positivos sobre la industria. Esto se debió a que la tecnología del ferrocarril fue importada, así que, a diferencia de los países industrializados, en México no surgieron industrias dedicadas a la producción de los carros, los rieles y las locomotoras. Ya que los ferrocarriles mexicanos dependieron de tecnología y de insumos importados, esto implicó que una parte sustancial de los ingresos generados por ellos (Coatsworth calcula que en 1910 esa cifra sobrepasó 56% de las ganancias brutas) se destinaron a cubrir tales gastos. Si a esto se le suma el pago de la deuda externa generada por su construcción, resultaría que “los costos de los ferrocarriles pueden haber incluso sobrepasado los beneficios”.<sup>41</sup>

A esos “costos ocultos” se sumaron las repercusiones del sistema ferrocarrilero sobre la vida institucional. Ni los mercados de capital ni los sistemas de administración corporativa pasaron por los procesos de modernización que, según aducen varios historiadores, ocurrieron en los países industrializados como resultado de la extensión de los ferrocarriles. El principal efecto institucional ocurrió en el ámbito estatal ya que surgieron varias agencias oficiales vinculadas con el sistema de transporte. En lo que a la esfera privada se refiere, estas tendencias se tradujeron en “el surgimiento de empresas modernas en un ambiente sustancialmente más politizado”.<sup>42</sup> Así que, pese a los beneficios directos que obtuvo la economía mexicana de los ferrocarriles, superior, arguye Coatsworth, a los de países como Gran Bretaña y Estados Unidos, sus consecuencias sobre “la estructura de la producción” y “el desarrollo institucional” fueron muy

<sup>40</sup> COATSWORTH, 1990, p. 180.

<sup>41</sup> COATSWORTH, 1990, p. 198.

<sup>42</sup> COATSWORTH, 1990, p. 205.

distintas a las de estos últimos, resultando perjudiciales para el desarrollo económico de México en el largo plazo.

Finalmente, los ferrocarriles contribuyeron a sesgar mucho más la distribución del ingreso y del poder en la sociedad mexicana. Sobre ello incidió de manera especial la concentración de la tierra que resultó de la construcción de los ferrocarriles, que desató una oleada de usurpaciones a las comunidades campesinas y de adquisiciones de propiedades públicas.<sup>43</sup> Una de las repercusiones de dicha concentración de la propiedad territorial fue la contracción de la demanda doméstica, ya que indujo el empobrecimiento de importantes sectores de la población rural. Además, la comercialización de la agricultura y el fortalecimiento del latifundio incidieron sobre el sistema político, reforzando sus tendencias autoritarias.<sup>44</sup>

En fin, en México, los ferrocarriles tuvieron efectos muy distintos a los que tuvieron en los países con economías avanzadas, industrializadas o desarrolladas. Al iniciarse el porfiriato, cuando carecía de un sistema de transporte interno como el que le brindaría el ferrocarril, México poseía una economía “geográficamente fragmentada”.<sup>45</sup> Construidos en un contexto caracterizado por su “economía atrasada y agraria casi en su totalidad”

[...] México entró en el mundo moderno con las costumbres y las actitudes de un señorío feudal, porque los ferrocarriles hicieron posible la modernización de la producción de materias primas y productos agrícolas sin la modernización de la sociedad y sus instituciones. [...] Así contribuyeron] a estimular la sobrevivencia de instituciones y relaciones sociales tradicionales y hasta arcaicas, imposibilitando en ese sentido un desarrollo capitalista más parecido al modelo “occidental”.<sup>46</sup>

<sup>43</sup> COATSWORTH, 1976, vol. II, pp. 41-76 y 1974.

<sup>44</sup> COATSWORTH, 1990, pp. 205-206.

<sup>45</sup> COATSWORTH, 1990, p. 179.

<sup>46</sup> COATSWORTH, 1976, vol. II, pp. 85 y 87. La relación entre los procesos de modernización económica vinculados con estructuras tradicionales es explorada en MOORE, 1966. En su artículo “Los orígenes sociales del autoritarismo en México”, COATSWORTH, 1990, pp. 209-237, recurre a los modelos de Moore para explicar el caso mexicano.

Como vemos, Coatsworth construye una historia de oportunidades perdidas y de coyunturas desperdiciadas; la trama de su narrativa reitera las circunstancias desaprovechadas para lograr que México alcanzara un desarrollo económico similar al de los países industrializados. Por eso, los momentos clave en su trama son aquellos en los que México pareció aproximarse económicamente a los países que operan como sus referentes explícitos o implícitos. Hay dos de esos momentos que se destacan en su visión acerca de la historia mexicana: el de las reformas borbónicas, en las décadas finales del siglo XVIII, y el periodo del porfiriato, a fines del siglo XIX e inicios del XX. Estas dos etapas fueron muy parecidas en varios sentidos. Sobre todo, porque en ambas existió un Estado con perspectivas económicas modernizadoras.

No obstante, en ambos casos, esos impulsos modernizadores tuvieron resultados que comprometieron las posibilidades reales de México de ponerse a la par con los países más desarrollados. En el primer caso —el de las reformas borbónicas— porque el Estado concentró su gestión en una actividad económica, la minería, que padecía graves dificultades estructurales. En consecuencia, el apoyo gubernamental a la minería resultó en detrimento de otras actividades económicas que contaban entonces con mayor potencial para contribuir al desarrollo de México. Por su parte, durante el porfiriato, el Estado se lanzó a solventar uno de los principales obstáculos al desarrollo económico del país: la falta de un sistema de transporte moderno. Y, en efecto, el ferrocarril contribuyó de forma extraordinaria, expone Coatsworth, al crecimiento económico de México. Pero ni aun así logró superar las barreras que le impedían ingresar al reino de los países desarrollados. Sus consecuencias resultaron, por así decirlo, en un alejamiento de México del sendero que lleva al desarrollo: ahora México era más que un país “atrasado”: ahora era un país “subdesarrollado”. Como en el mito de Sísifo, al aproximarse a la cima de la montaña —el desarrollo—, México volvía a caer en el abismo, por lo que nuevamente tendría que iniciar su arduo y penoso ascenso.

Que por cierto, había logrado Estados Unidos, país que en la narrativa de Coatsworth desempeña un papel crucial ya que funge como modelo, como una suerte de *blueprint* a partir del cual confrontar la evidencia y los datos acerca de la historia económica de México. En ese relato de carencias y deficiencias que narra Coatsworth, Estados Unidos funge como un espejo en el que México debe mirarse para auscultar su rostro deforme. Además, a partir de un ejercicio de historia comparativa —el contraste entre México y Estados Unidos—, los datos particulares del pasado mexicano se van entretejiendo hasta formar una trama que atañe no sólo al devenir del país, sino también, al metarrelato de la modernidad. Mediante un sutil deslizamiento de sentidos, la ordenación que le confiere Coatsworth a la historia económica de México —es decir, a un caso particular y concreto— pasa a insertarse en un relato más amplio y abarcador: la trama que se construye a partir de los datos particulares referentes a la historia mexicana se transfigura, engendrando unos (pretendidos) “universales”. Como ha señalado Paul Ricœur: “Componer la trama es ya hacer surgir lo inteligible de lo accidental, lo universal de lo singular, lo necesario o verosímil de lo episódico”.<sup>47</sup>

Esa transfiguración de lo singular y lo episódico se realiza en la obra de Coatsworth, principalmente, por medio de indicadores económicos. El PIB, los índices de precios, las tablas referentes a la producción o a los ingresos y los egresos del Estado, el ingreso *per capita*, los cálculos sobre los “ahorros sociales” debido al establecimiento del ferrocarril y las regresiones para estimar la “elasticidad precio de la demanda”, constituyen elementos fundamentales del arsenal retórico que emplea Coatsworth para reconstruir el pasado de México. Constituido como un modelo económico, el México de Coatsworth es delimitado a partir de una “enciclopedia” —es decir, de un aparato conceptual y retórico— proveniente de la economía.<sup>48</sup> Dicho lenguaje denota, tam-

<sup>47</sup> RICEUR, 1995, p. 96.

<sup>48</sup> Uso el término “enciclopedia” como se sugiere en CARRARD, 1992, p. 147.

bién, la naturaleza de su “archivo” e indica cuáles son los “actores” principales de su relato. En éste, son precisamente los indicadores económicos contruidos por el autor los que terminan ejecutando las acciones centrales que componen su trama. Así, en varios de los artículos de Coatsworth, las fluctuaciones del PIB constituyen el eje central de su narración: sus alzas, sus bajas o sus estancamientos son las peripecias de un trágico “personaje” que debe vencer un sinnúmero de colosales “obstáculos” para alcanzar el preciado vellocino de oro: el desarrollo.

LA “NEW ECONOMIC HISTORY”  
COMO PROGRAMA DE INVESTIGACIÓN

Coatsworth definió los problemas fundamentales de la indagación realizada por la NEH en torno a la historia mexicana. Igualmente, sentó las pautas metodológicas que predominarían entre sus practicantes durante las décadas subsiguientes y estableció los contornos de varias de las principales interpretaciones suscritas por los seguidores de dicha “escuela”. Así, en su discusión sobre las tendencias de la historiografía económica latinoamericana, Stephen Haber reitera lo que quizás constituye el argumento fundamental de Coatsworth sobre el atraso mexicano: a saber, que la brecha entre el ingreso *per capita* de América Latina y el de los países del Atlántico norte no fue un resultado del siglo XX, sino que se originó en los siglos XVIII y XIX. Durante ese periodo, arguye Haber

[...] las economías del Atlántico norte experimentaron un proceso de transformación estructural que produjo un crecimiento económico sostenido. Las economías de América Latina no siguieron este patrón de crecimiento, y se estancaron durante la mayor parte de ese periodo.<sup>49</sup>

<sup>49</sup> HABER, 1997, pp. 1-2 (la cita proviene de la p. 1).

De manera parecida, en un artículo publicado originalmente en 1988 (“La historiografía económica de México”) Coatsworth había afirmado:

[...] la magnitud de la brecha que separa la economía de México de las economías de las naciones desarrolladas se debe exclusivamente al atraso relativo del país en los albores de la época contemporánea [...] de ninguna manera se debe a los efectos supuestamente perniciosos del imperialismo y la dependencia de la actualidad.<sup>50</sup>

En consecuencia, al igual que Coatsworth, Haber insiste en la necesidad de escrutar las causas del atraso latinoamericano durante la centuria decimonónica. Además, en sus trabajos más recientes ha robustecido las propuestas conceptuales realizadas por Coatsworth previamente y ha formalizado algunas interpretaciones sugeridas por él acerca del México decimonónico. Por ejemplo, en varios de sus trabajos Coatsworth insistió en la incidencia del Estado y del marco institucional y legal sobre el desempeño económico de México. Entre otros de sus ensayos, en “Los obstáculos al desarrollo económico en el siglo XIX” —que es catalogado por Haber como un “artículo clásico”—, Coatsworth había destacado que, durante esa centuria, “un conjunto de medidas políticas, leyes e instituciones [...] ampliaron, en lugar de reducir, la brecha entre los beneficios privados y los sociales de la actividad económica”.<sup>51</sup> Fueron estas trabas, precisamente, a las que dicho autor atribuyó esa “organización económica ineficiente” que padecía México y que, con las deficiencias del transporte interno, constituían obstáculos mayúsculos a su desarrollo económico. No es de extrañar que Coatsworth abogase en pro de las investigaciones sobre “la historia legal e institucional”, indagaciones que posibilitarían aclarar los vínculos “entre el Estado y la actividad económica”.<sup>52</sup>

<sup>50</sup> COATSWORTH, 1990, p. 22.

<sup>51</sup> COATSWORTH, 1990, p. 96. Este ensayo fue publicado originalmente como COATSWORTH, 1978. La apreciación de Haber aparece en HABER, 1997, p. 6.

<sup>52</sup> COATSWORTH, 1990, p. 160.

Tal exhortación de Coatsworth ha sido incorporada a una de las más recientes modificaciones que ha sufrido la NEH: lo que se ha denominado “New Institutional Economics” (NIE) o “New Institutionalism” (NI). Su rasgo principal estriba, según Haber, en “el estudio de las instituciones en el proceso de crecimiento económico” ya que se asume que éste es resultado de los incrementos en la productividad que son generados por “una eficiente asignación de factores de producción efectuada por empresas y mercados que funcionan suavemente”.<sup>53</sup> Este “nuevo institucionalismo” se centra en estudiar los conjuntos de reglas que determinan el funcionamiento de aquellas organizaciones que componen la sociedad, como los bancos, las escuelas, las fábricas y los gobiernos. Parte de la premisa de que las sociedades que poseen

[...] instituciones que especifican claramente y que hacen cumplir los derechos sobre la propiedad privada, que facilitan la formulación y el acatamiento de los contratos, que restringen la posibilidad de que el gobierno intervenga en la economía para obtener ventajas a corto plazo, y que en general apoyan las operaciones de los mercados libres, generarán tasas de crecimiento económico más aceleradas que aquellas sociedades en que no existen tales condiciones.<sup>54</sup>

Aunado el instrumental teórico y metodológico del “nuevo institucionalismo” al de la “nueva historia económica”, se ha producido una “revolución en las ciencias sociales” que, según Haber, “está transformando rápidamente la teoría económica, la economía política real [*positive political economy*] y la sociología de las organizaciones”.<sup>55</sup> En torno a la unión de estas dos corrientes se ha constituido un verdadero “programa de investigación”,<sup>56</sup> compuesto por un cuer-

<sup>53</sup> “[E]conomic growth is the outcome of productivity increases that are brought about by the efficient allocation of factors of production through smoothly functioning firms and markets.” HABER, 2000, p. 1.

<sup>54</sup> HABER, 2000, pp. 1-2.

<sup>55</sup> HABER, 1997a, p. 382.

<sup>56</sup> Aunque Haber no lo menciona explícitamente, parecería que su

po teórico y por principios metodológicos y de técnicas de investigación. En su presentación de este programa de investigación, y empleando un recurso muy frecuente entre los intelectuales, Haber construye un linaje que, como la mayoría de las genealogías, intenta conferirle autoridad y lustre a su postura. Gracias a ese recurso, encuentra “sus modelos en otros autores”, “descubrimientos” que utiliza “para validar sus posiciones”, para sostener tanto “los contenidos actuales de sus argumentos [como] sus sostenes epistemológicos”. Así, Haber encuentra lo que considera que son sus “inicios”, orientados a “validar su saber, a ganarse un espacio entre el conjunto de voces que ocupan y que compiten por el capital cultural”.<sup>57</sup>

De esos predecesores, constituidos por “un extraordinario grupo de eruditos [*scholars*]” que se remontan a Moses Abramowitz y Simon Kuznets, se recibió una valiosa herencia intelectual que aportaron a los actuales seguidores de la NEH “un amplio arsenal de herramientas analíticas y técnicas cuantitativas, incluyendo la contabilidad del ingreso nacional y la medición de la productividad”, empleadas en el “cálculo sistemático” de los factores de “crecimiento económico alrededor del mundo”. El resultado fue “una convincente demostración” acerca del “poder” de tales procedimientos para analizar “grandes contingentes de datos empíricos con el fin de someter a prueba las hipótesis acerca de los orígenes y los patrones de las transformaciones económicas”. Anclado este arsenal conceptual en la “economía del crecimiento”, el mismo se basa en cuatro principios metodológicos principales: 1) la enunciación en un “lenguaje preciso” de los problemas que son sometidos a examen; 2) la especificación de las hipótesis a ser exploradas, las que, además, deben ser “lógicamente consistentes y falsificables”; 3) asimismo, deben ser especificadas las variables más significativas y los datos recopilados y analizados de forma sistemática, y 4) las hipótesis deben ser juzgadas a la luz

---

uso del término “programa de investigación” se inspira en la manera en que se emplea en LAKATOS, 1983.

<sup>57</sup> SAN MIGUEL, 1999, pp. 173-174. Véase también PICCATO, 2002, pp. 15-16.

de la evidencia cuantitativa y cualitativa, si bien sesgándolas contra las hipótesis consideradas con el fin de garantizar que los resultados de dichas operaciones no sean afectados por artificios estadísticos.<sup>58</sup>

De tal forma, en Estados Unidos los principios de la NEH produjeron una “revolución” que “rescribió buena parte de su historiografía económica”, revolución que se basó en una serie de prácticas epistemológicas centradas en la “calidad de la evidencia, la apropiada aplicación de los métodos y la consistencia lógica de los modelos”.<sup>59</sup> Uno de los efectos de la aplicación de tales principios ha sido el “auto-reforzamiento” (*auto-reinforcing*) del saber generado en Estados Unidos. En América Latina, por el contrario, no ocurrió una “revolución” similar debido al predominio de un programa de investigación rival, constituido por la “teoría de la dependencia”, que se distingue por la laxitud de sus reglas metodológicas y epistemológicas.<sup>60</sup> O sea, aquí no ocurrió esa suerte de *take off* académico que tuvo lugar en Estados Unidos, por lo que la historiografía latinoamericana ha permanecido en una especie de subdesarrollo ya que cuenta con un “*corpus* metodológico y factual mucho más frágil” que el de la NEH, pese a que algunos latinoamericanos han recurrido a sus metodologías y teorías para estudiar la historia económica de América Latina.<sup>61</sup> En consecuencia, la intelección de la NEH sobre la historia económica de América Latina y acerca de las que concibe que han sido sus deficiencias resultaría mucho más adecuada por atenerse al saber científico.

Haber hace una reconstrucción de la historiografía económica latinoamericana que tiene como eje central el contraste entre la NEH y la teoría de la dependencia. El suyo es un relato de oposiciones en el que, además, la historiografía estadounidense desempeña un papel heroico ya que viene a rescatar a la historia económica latinoamericana de los

<sup>58</sup> HABER, 1997, p. 2.

<sup>59</sup> HABER, 1997, pp. 3-4.

<sup>60</sup> HABER, 1997, pp. 7-15.

<sup>61</sup> HABER, 1997, p. 5.

desatinos, yerros e insuficiencias en que han incurrido los investigadores nativos, especialmente aquellos identificados con la teoría de la dependencia. En su concepción, la ciencia, encarnada por la NEH, se contrapone de forma categórica a la ideología, emblemática por los dependentistas. No obstante, esta narrativa obvia ciertos elementos que pueden generar una imagen más compleja acerca de la historiografía económica latinoamericana. Entre otros "datos", valdría la pena mencionar que en Estados Unidos, hacia los años veinte y treinta del siglo XX, existió toda una concepción acerca de la economía latinoamericana que sostuvo posiciones muy cercanas a las de la teoría de la dependencia.<sup>62</sup> Tal fue el caso de los varios "estudios sobre el imperialismo americano" publicados por Vanguard Press en esas décadas, que le conferían a la "explotación capitalista foránea" una responsabilidad primordial en los problemas económicos que confrontaba América Latina.

Estos dependentistas *avant la lettre*, que emergieron en el contexto de la crisis económica de los años veinte y treinta, contribuyeron de forma notable a transformar los análisis que se realizaban en Estados Unidos sobre América Latina. De manera especial, contribuyeron a impulsar las interpretaciones económicas sobre los problemas de la región; además, coadyuvaron al desplazamiento de aquellas versiones de la historia latinoamericana que explicaban el "atraso" latinoamericano a partir del clima o la raza, concepciones que, aunque continuaron jugando papeles centrales en las visiones que existían en Estados Unidos sobre América Latina, comenzaron a debilitarse en esos años. Sobre esto incidieron las dudas que surgieron en ese país acerca de los logros del sistema capitalista. En tal contexto, creció la sensación de que Estados Unidos compartía sus "tragedias" con América Latina, lo que generó un ambiente de mayor tolerancia hacia la región, amén de poner en entredicho las interpretaciones tradicionales acerca del "atraso" latinoamericano. Asimismo, hay que resaltar, en el contexto de la crisis de los modelos exportadores propiciada

<sup>62</sup> Lo siguiente está basado en PARK, 1995, caps. 5 y 6.

por la depresión, los reclamos latinoamericanos en favor de la industrialización, mientras que en esos años, en Estados Unidos seguía prevaleciendo la visión de que América Latina continuaría siendo una región productora y exportadora de materias primas.

Por otro lado, habría que tener presente las condiciones en que emergió y se difundió la teoría de la dependencia. Fue ésa una época en la que muchas interpretaciones históricas quedaron marcadas por la polarización política existente entonces, producto del recrudecimiento de la guerra fría, uno de cuyos sucesos cardinales fue la revolución cubana de 1959. Pero, además, hacia fines de los años sesenta se evidenciaron las insuficiencias de las teorías de la modernización y del desarrollo, que eran los paradigmas prevalecientes en las ciencias sociales estadounidenses para explicar el "atraso" latinoamericano. Igualmente, se hizo ostensible el fracaso de la Alianza para el Progreso, que constituyó el programa desarrollista emblemático de Estados Unidos respecto de América Latina en los años sesenta del siglo XX.

Si bien muchas de las críticas que realiza Haber a la teoría de la dependencia son justas,<sup>63</sup> lo cierto es que la misma constituyó un mentís a ciertos esquemas históricos lineales según los cuales las regiones "atrasadas" del globo debían seguir los mismos pasos que los países industriales, tal como proponía la teoría sobre las "etapas del crecimiento económico". "Este desafío subrayó la creciente tensión entre las perspectivas estadounidenses y las de muchos latinoamericanos acerca del desarrollo."<sup>64</sup> Irónicamente, a pesar de este cuestionamiento, los dependentistas fueron incapaces de romper totalmente con la metanarrativa de la modernización, sobre todo con las ideas en torno a la necesidad de la industrialización y del crecimiento económico como elementos imprescindibles en la evolución de todas las sociedades. Asimismo, fueron incapaces de tomar

<sup>63</sup> Para una crítica amplia y sistemática a la escuela de la dependencia, véase PACKENHAM, 1992.

<sup>64</sup> PACKENHAM, 1992, p. 228.

en consideración los aspectos culturales del “desarrollo” o las consecuencias ecológicas de la industrialización.<sup>65</sup>

Por demás hay que señalar que las críticas realizadas a la teoría de la dependencia no son nuevas. Ya desde los años setenta del siglo XX se generaron intensos debates entre la intelectualidad latinoamericana acerca de ella. Una de las críticas principales giró en torno a la fragilidad de la base empírica de muchas de las interpretaciones propuestas por los dependentistas.<sup>66</sup> Finalmente, resulta simplista presentar a la teoría de la dependencia meramente como un producto latinoamericano. Es innegable este origen dado que fue en América Latina donde se acuñaron los conceptos vinculados con esta corriente de pensamiento; también es incuestionable que esta región actuó como foco difusor del “movimiento de la dependencia” y que en ella adquirió sus rasgos fundamentales. Pero resulta igualmente indudable el papel que tuvo la academia de Estados Unidos en su propagación.

En efecto, pocos factores contribuyeron tanto a la difusión del paradigma de la dependencia como la capacidad del mundo académico estadounidense para producir investigaciones a granel y para difundirlas gracias a su potencia editorial.<sup>67</sup> Además, habría que tener presente dos datos reveladores. Por un lado, que el primer texto que empleó sistemáticamente el concepto de la dependencia como fundamento teórico fue escrito por Andre Gunder Frank,<sup>68</sup> quien nació en Alemania, pero que obtuvo su doctorado en Estados Unidos, en la Universidad de Chicago, reputada en América Latina como uno de los baluartes ideológicos de las teorías capitalistas.<sup>69</sup> Por otro lado, el destacadísimo

<sup>65</sup> RIST, 1997, p. 121.

<sup>66</sup> Al respecto véanse KAY, 1990, caps. 1, 6 y 7 y ASSADOURIAN *et al.*, 1975.

<sup>67</sup> Véase BERGER, 1995.

<sup>68</sup> FRANK, 1967.

<sup>69</sup> PACKENHAM, 1992, p. 258. Al contrario de la opinión más generalizada, que le confiere a la obra de CARDOSO y FALETTO, 1969, la “paternidad” en el uso del concepto de la dependencia, este autor arguye que dicho lugar corresponde al texto de Frank, cuyo manuscrito fue elaborado entre 1963-1965. PACKENHAM, 1992, pp. 19-24.

papel que desempeñó *La herencia colonial de América Latina*, de Stanley y Barbara Stein, en la divulgación, tanto en América Latina como en Estados Unidos, del paradigma de la dependencia.<sup>70</sup> En muchos sentidos, se podría argumentar que el “movimiento de la dependencia” fue tanto latinoamericano como estadounidense; quizás sea preferible concebirlo como un bien cultural mixto o híbrido, cuya materia prima se obtuvo en Latinoamérica, pero cuyo producto final, en diversas presentaciones y grados de elaboración, fue manufacturado en sus formas más acabadas y sofisticadas en Estados Unidos. Desde aquí fue reexportado a otras partes del globo, incluso a su región de procedencia original, por lo que el sello de fábrica *Made in USA* es evidente en buena parte —y quizás en la mayoría— de la literatura histórica sobre la dependencia.<sup>71</sup>

Los ejemplos mencionados están lejos de constituir una apología de la teoría de la dependencia. Con ellos sólo intento sugerir que es posible reconstruir la historiografía económica latinoamericana de manera diferente a la realizada por Haber; sobre todo, que es factible una narrativa que no se base en opuestos absolutos, en una oposición entre historiadores estadounidenses y latinoamericanos. Uno de los propósitos de tal narración es recalcar la naturaleza “científica” de la NEH *vis à vis* el carácter ideológico de los

<sup>70</sup> STEIN y STEIN, 1970.

<sup>71</sup> Sobre las peripecias de la teoría de la dependencia en Estados Unidos y sobre el papel de la academia de este país en su difusión, véase PACKENHAM, 1992, pp. 238-297. Según este autor, el éxito de la teoría de la dependencia tuvo consecuencias funestas sobre los estudios latinoamericanos en Estados Unidos, entre otras razones debido a que contribuyó a politizar el mundo académico. (No por casualidad, buena parte de las críticas de Haber a la teoría de la dependencia siguen de cerca los planteamientos de Packenham.) No obstante, también señala que la polarización social y política que vivió la sociedad estadounidense durante las décadas de los sesenta y setenta creó condiciones favorables para la aceptación de la teoría de la dependencia por una nueva generación de intelectuales y académicos, críticos de las políticas de su país. Aun así, la interpretación de Packenham tiene trazas de un relato acerca del asalto de los “bárbaros” a la “civilización”.

paradigmas historiográficos rivales.<sup>72</sup> No es casualidad que los argumentos de Haber contra la “nueva historia cultural” giren fundamentalmente en torno a su carácter no científico. Al igual que la teoría de la dependencia, cuyas propuestas, interpretaciones y argumentos supuestamente se basaban en la ideología más que en la ciencia, la “nueva historia cultural” es desestimada por él por no atenerse a los principios epistemológicos propugnados por la NEH, fundados en el lenguaje y los métodos de las ciencias duras.<sup>73</sup>

Según tal concepción, los “hechos” son encontrados, establecidos o fijados por el investigador; no son construcciones, como propugnan las epistemologías posmodernas, entre las que se encuentra la “nueva historia cultural”.<sup>74</sup> Así, sostiene Haber, “la afirmación de que un mercado está integrado puede ser verificada empíricamente: el resultado de la hipótesis sobre la integración del mercado no está determinada por las creencias subjetivas del observador”.<sup>75</sup> *So what?* Como sugirió E. H. Carr hace más de cuatro décadas —o sea, Carr no era posmoderno—, existe una diferencia entre los datos primarios que forman parte de una indagación histórica y el uso específico que de ellos se hace en una determinada interpretación.<sup>76</sup> Más aún: fuera de ésta, los hechos son incluso inconcebibles ya que no existe, según él, una separación categórica entre “hecho” e “interpretación”. Tal tipo de reflexión, que en la interpretación de Haber —e incluso en la de muchos de los “nuevos historiadores culturales” estadounidenses— parece representar una (perniciosa) novedad posmoderna, constituye uno de los aspectos primordiales del pensamiento histórico moderno. Es decir, las discusiones en torno a los fundamentos epistemológicos del conocimiento histórico están lejos de constituir una cuestión de pura “moda”, como se ha pre-

<sup>72</sup> Este argumento se basa en KUHN, 2002.

<sup>73</sup> HABER, 1997a y 1999.

<sup>74</sup> El tema de los “hechos” constituye uno de los ejes centrales de los debates epistemológicos en el seno de la historiografía. Al respecto véase la obra clásica de CARR, 1973.

<sup>75</sup> HABER, 1997a, p. 373.

<sup>76</sup> CARR, 1973.

tendido con frecuencia. Ésta es una cuestión que ha sido abordada, entre muchos otros, por Benedetto Croce, R. G. Collingwood y Louis Mink, autores insospechables de padecer calenturas posmodernas.<sup>77</sup> En México, los problemas vinculados con la posibilidad del saber histórico han sido abordados por Edmundo O'Gorman y, más recientemente, por Guillermo Zermeño Padilla.<sup>78</sup> En Estados Unidos, pese al empirismo que ha marcado su historiografía, por lo que ha prevalecido una renuencia a abordar cuestiones epistemológicas, se han debatido de vez en cuando estas cuestiones.<sup>79</sup>

No obstante, la NEH parece ser inmune a tales consideraciones, a juzgar por los planteamientos de Haber. En el ejemplo ofrecido por él, referente a la "integración de los mercados", cabría preguntarse, entre otras cosas, no sólo acerca de las implicaciones económicas de tal hecho, sino también —y quizás principalmente— sobre sus efectos y consecuencias en determinados sectores de la población. Después de todo, es de suponer que un proceso de tal índole incida de formas muy variadas sobre los diversos grupos económico-sociales, por lo que, dependiendo de la perspectiva que se adopte, el mismo puede aparecer en una interpretación histórica como un proceso positivo mientras que en otras explicaciones puede concebirse como pernicioso.

Es decir, el dato aislado de un contexto explicativo no expresa nada; adquiere significado en la medida en que pasa

<sup>77</sup> CROCE, 1960 y 1971; COLLINGWOOD, 1982, y MINK, 1987.

<sup>78</sup> O'GORMAN, 1947 y 1999 y ZERMEÑO PADILLA, 2002.

<sup>79</sup> NOVICK, 1997. Resulta por demás interesante que, en un trabajo virtualmente desconocido publicado en México en 1945, el historiador estadounidense Lesley Byrd Simpson, uno de los fundadores de la demografía histórica mesoamericana, desarrolle una discusión sobre la relación entre arte y ciencia en la disciplina histórica. Lo hace recurriendo a un debate imaginario entre dos personajes: el profesor Simpson (quien representa la voz del Simpson historiador, defensor de la disciplina como ciencia) y el capitán Simpson (quien es una suerte de *alter ego* del primero y defiende la dimensión artística de la historia). El diálogo/debate termina de la siguiente manera: "Prof. —¡Oh Dios mío! ¿Vas a concluir que la historia debe de ser arte? Cap. —¡Tú lo has dicho!". Véase SIMPSON, 1945, pp. 20-41.

a formar parte de una interpretación, de una narración que le confiere sentido. En ello radica “la insuficiencia de los hechos”, por muy verídicos y verificables que sean. Por tal razón, “la validez de una interpretación o de un texto no puede estribar meramente en calcular su proporción de enunciados factuales. También debe basarse en la naturaleza de su organización narrativa o de su exposición retórica.”<sup>80</sup> No obstante, las cuestiones relacionadas con la narración de los hechos y con las formas en que el sentido es construido a partir de la escritura son soslayadas por los practicantes de la “historia normal” —entre quienes se encuentran los seguidores de la NEH—, que generalmente asumen que la mera acumulación de evidencia empírica basta como prueba de la “verdad” que ofrecen en sus textos.<sup>81</sup> A partir de tales premisas y recurriendo a un cúmulo impresionante de datos y hechos, al historiador le es dable “demostrar” la “verdad” de la nación, la clase social, la identidad, las resistencias, el progreso, el desarrollo o el subdesarrollo.<sup>82</sup>

Gracias a sus referentes empíricos, el texto histórico genera un “efecto de verdad” en virtud del cual pretende hacer pasar una historia por la historia.<sup>83</sup> En este proceso de enmascaramiento, la “objetividad” desempeña un papel determinante. Por carecer supuestamente de ella, Haber menoscaba a la “nueva historia cultural”. Entre otras cosas, le recrimina su carencia de un método que permita la evaluación sistemática de la evidencia mediante “hipótesis falsificables”. En cambio, alega que la “nueva historia cultural” opera con base en “plantillas” que son superpuestas a la evidencia histórica.<sup>84</sup> Así, a pesar de que reconoce que

<sup>80</sup> BERKHOFER, 1997, pp. 53 y 55. Sobre la relación entre los “hechos” y la construcción de las narraciones históricas, también es relevante la discusión de White en su ensayo “The Value of Narrativity in the Representation of Reality”, que aparece en WHITE, 1992, pp. 1-25.

<sup>81</sup> BERKHOFER, 1997, pp. 28-29.

<sup>82</sup> Para ejemplos de cómo la historiografía construye tales conceptos mediante recursos retóricos y narrativos, véanse SAN MIGUEL, 1997 y 2001.

<sup>83</sup> CERTEAU, 1993.

<sup>84</sup> HABER, 1997a, p. 379.

las preguntas que plantea la “nueva historia cultural” puedan resultar importantes debido a que se refieren a “cómo la gente común percibía, se acomodaba y resistía el capitalismo y la formación del Estado-nación”,<sup>85</sup> arguye que sus practicantes están desprovistos de un instrumental epistemológico que les permita fijar los hechos y ofrecer interpretaciones carentes de ambigüedad. A diferencia de los etnógrafos, quienes tienen, según Haber, la posibilidad de volver a interrogar a sus informantes con el fin de aclarar ambigüedades, completar detalles, o discutir el significado simbólico de los rituales y los discursos, a los historiadores les está vedada esa opción. Éstos se ven constreñidos por una “evidencia documental fragmentaria” que, para colmo, usualmente se refiere a cuestiones institucionales, no a mentales o simbólicas, temas predominantes en la “nueva historia cultural”.<sup>86</sup>

Esta diferenciación que establece Haber entre la práctica de los etnógrafos y la de los historiadores ilustra sus criterios epistemológicos y sus concepciones acerca de la producción del conocimiento en las ciencias humanas en general. Resulta llamativo que ni siquiera mencione las intensas discusiones y controversias que se han generado en torno al trabajo etnográfico durante las últimas dos décadas, buena parte de las cuales han cuestionado, precisamente, esa transparencia que supone Haber y que, según él, le brinda una superioridad a las indagaciones de los etnógrafos sobre las que realiza la “nueva historia cultural”.<sup>87</sup> Para él, la esencia del trabajo etnográfico estriba en la correcta obtención de aquellos datos que permitan comprender de manera objetiva las prácticas culturales de la sociedad de los “informantes”. En esta concepción, que ha sido canónica en la antropología, la “cuestión metodológi-

<sup>85</sup> HABER, 1999, p. 320.

<sup>86</sup> HABER, 1999, p. 321.

<sup>87</sup> Como muestra de los debates recientes sobre la producción del conocimiento etnográfico, se pueden consultar GEERTZ, 1991; CLIFFORD y MARCUS (coords.), 1986; MARCUS y FISCHER, 1986; ROSALDO, 1993, y GEERTZ *et al.*, 1996. Para una discusión sobre las implicaciones de estos debates para la disciplina de la historia véase SAN MIGUEL, 1999.

ca central” de la etnografía reside en la “mecánica del conocimiento” (*mechanics of knowledge*), que en las versiones más reduccionistas se limita a las técnicas de obtención de los datos que constituirán el reporte etnográfico. De tal forma, los problemas epistemológicos de la etnografía quedan circunscritos al “trabajo de campo”.<sup>88</sup> Así se elude el problema de la escritura, de la producción de un discurso acerca del otro, y se genera “un ventrilocuismo etnográfico” fundado en “el reclamo de hablar no sólo acerca de otra forma de vida, sino de hacerlo desde ‘adentro’ de ella”.<sup>89</sup> Dicha evasión no es gratuita: constituye un elemento fundamental de un determinado criterio sobre el saber y la producción del conocimiento.

Entre otras cosas, esa elusión forma parte de las estrategias discursivas que permiten construir la ilusión de la objetividad. De tal forma lo que se dice acerca del otro es refrendado por la realidad misma; la voz autoral queda enmascarada tras la “verdad”, que sirve de parapeto para decir las cosas tal como uno las entiende y las percibe, pero representándolas como si fueran equivalentes a la realidad. Gracias a este plan de evasión, el autor simula carecer de subjetividad ya que quien parece discurrir en el texto es la realidad. En el caso particular de la NEH, las técnicas cuantitativas y las “hipótesis falsificables” cumplen esa función de parapeto ya que desempeñan el papel de lo real. Las tablas y las gráficas que se construyen, y los datos cuantitativos que se utilizan tienden a producir un conocimiento realista, supuestamente objetivo, que, por el mero hecho de serlo, pretende imponerse como criterio de conducta a los actores sociales. Al contraponer a la NEH con la teoría de la dependencia y con la “nueva historia cultural”, Haber insiste en que estas últimas se caracterizan por su subjetivismo, fundado en ambos casos en fines políticos.<sup>90</sup> La NEH, por el contrario, carece de tales sesgos; es la ciencia sin más ya que, en virtud de su epistemología, es capaz de producir

<sup>88</sup> GEERTZ, 1991, pp. 9-10.

<sup>89</sup> GEERTZ, 1991, p. 145. El énfasis es mío.

<sup>90</sup> HABER, 1997, p. 10 y 1997a, p. 370.

un saber autónomo, ajeno a cualquier consideración que no sea estrictamente académica y a cualquier interés que no estribe en adelantar el conocimiento. De tal suerte, se contraponen a la “nueva historia cultural”, cuyos partidarios “abrazan la noción de que toda indagación académica [*scholarship*] es política”.<sup>91</sup>

Empero, lejos de ser traslúcido, de constituir una imagen fiel de la realidad y de estar desprovisto de “voz moral”, tal “tipo de relato engaña porque pretende hacer la ley en nombre de lo real”.<sup>92</sup> Para empezar, habría que preguntarse qué alcance o significado se le confiere a “lo político”. Haber emplea una definición de la política que, aparentemente, se limita estrictamente al ámbito de las ideologías o los movimientos formales —en favor o contra el capitalismo o el socialismo—. No obstante, tal definición deforma seriamente los planteamientos de la “nueva historia cultural” y del posmodernismo en general acerca de lo que se ha denominado la relación saber/poder.<sup>93</sup> Al respecto, habría que recalcar que el saber —sobre todo el que se refiere a lo social— nunca es inocente ya que conlleva siempre, aunque sea de forma implícita, concepciones no sólo sobre cómo está conformada la realidad sino también, nociones y hasta propuestas de cómo debería estar constituida. En el ámbito de la historiografía, hasta las “historias propiamente dichas” —o *proper histories*, basadas en la investigación de archivo sobre temas específicos más que en reflexiones abstractas, conceptualizadas usualmente como “filosofías de la historia”— poseen un elemento metahistórico, un “paradigma precriticamente aceptado de lo que debe ser una interpretación”.<sup>94</sup> Precisamente, esa dimensión metahistórica le brinda un sustrato filosófico a toda obra histórica, razón por la cual le confiere, además, un fundamento ético o moral.

<sup>91</sup> HABER, 1999, p. 310.

<sup>92</sup> CERTEAU, 1993, p. 13.

<sup>93</sup> Como es sabido, esta relación constituye uno de los ejes centrales de la obra de Michel Foucault. Al respecto véase FOUCAULT, 1985.

<sup>94</sup> WHITE, 1992a, p. 9.

En el caso de las narrativas que suscriben el metarrelato de la modernidad, como la NEH, usualmente participan de un discurso salvífico que intenta prescribir las fases, las reglas o los modelos que deben seguir las “subdesarrolladas” con el fin de equipararse con las sociedades “desarrolladas”. En consecuencia, el estudio del pasado se realiza dentro de una matriz teleológica en la cual el devenir debe tener un fin predeterminado: el crecimiento económico, la industrialización y el desarrollo. Las deficiencias generadas por el subdesarrollo son estudiadas con el propósito de prescribir el futuro, lo que implica predeterminar cuáles deberían ser los comportamientos de los actores sociales; es decir, se construyen “historicidades asignadas”, que usualmente parten de una lógica “sacrificial” según la cual hay que expiar o hasta inmolarse en el presente en aras de un futuro indeterminado en el cual finalmente se alcanzará el desarrollo, que representa una suerte de redención. No en vano se puede considerar que las narrativas del desarrollo son herederas históricas de los discursos religiosos.<sup>95</sup>

Tal discurso redentorista constituye un ejercicio de poder, pese a que se enmascare tras la retórica de la ciencia y de la academia. Las teorías del crecimiento económico y del desarrollo son ejemplos de cómo el conocimiento contribuye a construir la realidad. Es éste un saber que se ha formado en un “lugar” determinado, como sugiere Certeau. En el caso particular de la NEH, se ha erigido en un contexto institucional, político y cultural en el que los estudios latinoamericanos, la indagación acerca del Otro, han estado inextricablemente ligados con los esquemas de poder de Estados Unidos.<sup>96</sup> Aun así, la NEH pretende generar un conocimiento estrictamente científico, carente de cualquier sustrato ideológico y de pretensiones políticas. Ello a pesar de que se reconozca que la tradición sobre la que se erige el mismo ha ejercido una gran influencia tanto sobre los académicos como sobre los “forjadores de políti-

<sup>95</sup> MIREs, 1993, pp. 8 y 41.

<sup>96</sup> PARK, 1995 y BERGER, 1995.

ca" (*policymakers*), incluyendo al Banco Mundial.<sup>97</sup> Reducido el problema del desarrollo a sus dimensiones estrictamente económicas e institucionales, esta tradición se proclama depositaria de un saber acerca de cómo inducir el crecimiento económico; lo que para ella sigue representando un enigma o misterio es por qué en América Latina las decisiones políticas continúan obstaculizando la formación de "mercados eficientes".<sup>98</sup>

Además de asumirse como la médula del conocimiento que podría propiciar el desarrollo de Latinoamérica, la epistemología de la NEH cuenta con otros rasgos importantes, sustentados buena parte de ellos en una concepción que bordea peligrosamente el etnocentrismo, es decir, en "la actitud de un grupo que consiste en atribuirse un lugar central en relación con los otros grupos, en valorizar positivamente sus realizaciones y particularismos, y que tiende hacia un comportamiento proyectivo respecto a los grupos de afuera".<sup>99</sup> Así, en sus narraciones e interpretaciones, Estados Unidos funge como modelo por antonomasia del desarrollo, como el ejemplo que deben tratar de emular los países de América Latina. Por tanto, la historia económica del país norteamericano adquiere un valor epistemológico particular ya que es concebida como un "*laboratorio* en el cual estudiar el proceso de crecimiento en general, derivando *lecciones* que pueden ser aplicadas a otros países".<sup>100</sup> Desde la perspectiva del programa de investigación de la NEH, la experiencia histórica de Estados Unidos adquiere un valor normativo, preceptivo, que se traduce en lecciones y enseñanzas que se deben aprender con el fin de producir en América Latina resultados similares a los obtenidos en dicho país. En tal sentido, se concibe que Estados Unidos cuenta con una evolución histórica que resulta no sólo distinta, sino además, ontológicamente superior a la latinoamericana. De igual forma, que se le imagine como un

<sup>97</sup> HABER, 2000, p. 2.

<sup>98</sup> NORTH y WEINGAST, 2000, pp. 282-283.

<sup>99</sup> FERROT y PREISWERK, 1979, p. 54. El énfasis es mío. Sobre el etnocentrismo, también resulta iluminadora la obra de TODOROV, 1991.

<sup>100</sup> HABER, 1997, p. 3. El énfasis es mío.

laboratorio, como un recinto regulado y controlado en el cual se pueden percibir con mayor exactitud los factores que inciden sobre el desarrollo económico, constituye una forma de sugerir, recurriendo al lenguaje científico, que esa experiencia histórica se distingue por su nitidez y transparencia. Es decir, por aquello de lo que carece la historia latinoamericana.

La historiografía, expone Certeau, habla acerca de los muertos. Mediante “la reconducción del ‘muerto’ o del pasado a un lugar simbólico se articula [...] con el trabajo que tiene por fin crear en el presente un lugar (pasado o futuro) que debe llenarse, un ‘deber’ que hay que cumplir”.<sup>101</sup> No obstante, al igual que en la vida cotidiana, cada tipo de historia tiene muertos que no se nombran. Por eso toda historia, esa labor de excavar tumbas, es como la memoria personal, una combinación muy particular de recuerdos y olvidos.<sup>102</sup> Porque hay tumbas que no se hurgan, difuntos que no se exhuman, muertos que ni siquiera se invocan ya que su sola mención perturba los sueños de los vivos, ese “deber que hay que cumplir” y que constituye el fin ulterior de toda reconstrucción del pasado.

Pese a sus pretensiones científicas, orientadas a lograr el crecimiento económico y, eventualmente, el desarrollo de América Latina, la NEH también tiene sus fantasmas. Como ha señalado Thomas Kuhn, un paradigma científico está constituido por realizaciones “reconocidas que [...] proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica”. No obstante, ningún paradigma o teoría es capaz de explicar satisfactoriamente todos los hechos o los fenómenos que componen la realidad, sea ésta la naturaleza o la sociedad. Ni siquiera es capaz de incluir en sus modelos explicativos todas las variables posibles; de hecho, una explicación implica una selección de variables, dirigida “a la articulación de aquellos fenómenos y teorías que *ya* proporciona el paradigma”.<sup>103</sup> En el ámbito de la his-

<sup>101</sup> CERTEAU, 1993, p. 117.

<sup>102</sup> Además de la obra de Certeau véase HUTTON, 1993.

<sup>103</sup> KUHN, 2002, pp. 13 y 53. El énfasis es mío.

toriografía, esto se traduce en los “olvidos” que implica toda obra histórica, en esas omisiones que conlleva la construcción de una memoria determinada, imprescindibles, por demás, para ofrecer algún tipo de intelección razonada.

Como toda teoría o paradigma, la NEH también tiene sus muertos innombrables. Al igual que su antecesora, la teoría del crecimiento, la NEH concibe el desarrollo fundamentalmente en términos económicos, por lo cual los factores sociales y culturales son relegados y considerados solamente en la medida en que pueden actuar como agentes propiciatorios o retardatarios del incremento económico.<sup>104</sup> Por tal razón, en sus análisis, mantiene un gran mutismo acerca de la sociedad. Ésta representa su silencio más insólito: es el muerto que no se invoca ya que constituye una variable incómoda. Sobre el particular, resulta ilustrativo el tratamiento que realiza Coatsworth acerca de las consecuencias sociales del tendido de los ferrocarriles durante el porfiriato. Coatsworth concibe al ferrocarril como el medio idóneo para vencer uno de los principales obstáculos al crecimiento económico de México en el siglo XIX, la falta de comunicaciones internas, lo que limitaba, a su vez, la extensión y la integración de los mercados. Es decir, el ferrocarril era un factor imprescindible para romper las cadenas del atraso. No obstante, debido a las usurpaciones de tierras que provocó, el ferrocarril incitó una serie de revueltas y rebeliones campesinas.<sup>105</sup> En una situación como ésta, ¿cuál sería el diagnóstico de la NEH sobre la actuación de los campesinos que defendían sus tierras?, ¿cómo se incorpora esa “variable” a las fórmulas que miden la integración de los mercados, a las que intentan computar los flujos de capital o la eficiente asignación de recursos, o a las que pretenden determinar los factores que inciden sobre los costos de transacción de las empresas?

El acercamiento de la NEH al “nuevo institucionalismo” constituye un intento por llenar ese vacío, por incluir de alguna forma a la sociedad como variable en sus investigacio-

<sup>104</sup> BROHMAN, 2000, p. 11.

<sup>105</sup> COATSWORTH, 1976, vol. II, pp. 41-76 y 1974.

nes. Aun así, es una manera muy restringida de incluir a la sociedad, la que es concebida, en primera instancia, a través de instituciones, organizaciones, reglas, leyes, códigos, reglamentos y estatutos. Concebida la comunidad de modo tal que “el actor social pasa a ser [una] simple prolongación de [las] doctrinas económicas”,<sup>106</sup> se evita contaminar las interpretaciones con variables “innecesarias”; así se mantiene afuera o bajo “control” a esa variable perturbadora e incoherencia que es la sociedad. En el ejemplo mencionado, es patente la contradicción entre los procesos de modernización impulsados por el Estado porfirista y sus efectos sobre determinados sectores de la sociedad. ¿Cómo, entonces, incorporar las percepciones y las necesidades de esos actores sociales a los modelos de desarrollo? ¿Qué papel juegan en ellos? ¿Deben ser concebidos meramente como lo residual, como el detritus de la modernización, como una especie de “producto marginal”, insignificante desde una perspectiva contable? Como la sociedad resulta problemática, esa “variable” es descartada o minimizada en los análisis de la NEH. Ella termina siendo la variable incómoda, el “límite de lo pensable” ya que su omisión establece la condición de posibilidad de una práctica política; es el “Otro ausente” de una posición ética y “lo que no se nombra” de un saber. Es el “muerto” que no se invoca para que no perturbe las quimeras de algunos vivos.

#### CONCLUSIONES

[...] ninguna ciencia tiene de por sí asegurado el derecho a la eternidad.

Mires, 1993

“El *Fausto* de Goethe [arguye Marshall Berman] es la primera tragedia del desarrollo.”<sup>107</sup> A partir de esa “nueva re-

<sup>106</sup> MIREs, 1993, p. 63.

<sup>107</sup> A menos que indique lo contrario, las citas provienen de BERMAN, 1989, pp. 28-80.

lación entre las ideas y la vida práctica” que engendró la modernidad, el desarrollista intenta “transformar el mundo” creando “gigantescos proyectos” que permitan a los humanos dominar las fuerzas de la naturaleza. Tales afanes contienen objetivos “honorables” en la medida en que pretenden lograr “que la humanidad afirme sus derechos sobre los elementos anárquicos”, obteniendo así “nuevos modos de autodesarrollo”. Pero en el mismo “deseo de eliminar la tragedia de la vida” reside el drama del desarrollo.

Para lograr sus metas, el desarrollista debe controlar vastos territorios y “un gran número de personas” con el fin de “crear un entorno homogéneo, un espacio totalmente modernizado en el que el aspecto y el sentimiento del viejo mundo han desaparecido sin dejar huella”. Es decir, el proyecto del desarrollo se transfigura en un proyecto de dominación y el desarrollista pasa a encarnar “el deseo narcisista del poder”, que es “la historia más vieja del mundo”. El desarrollo genera, así, “una síntesis históricamente nueva de poder público y privado”, representada en la obra de Goethe mediante “la unión de Mefisto, el filibustero y depredador privado que ejecuta la mayor parte del trabajo sucio” que conlleva los grandes proyectos económicos, y Fausto, “el planificador público que concibe y dirige el trabajo en su conjunto”.

La tragedia expresada por el *Fausto*, declara Berman, se ha manifestado con plenitud en el Tercer Mundo, donde “las autoridades en materia de desarrollo han acumulado [...] poderes enormes, incontrolados y, demasiado a menudo, letales”. Convertidos en la esperanza de mejor vida para millones de personas, en el Tercer Mundo —en el mundo “atrasado” y “subdesarrollado”— los proyectos de desarrollo han terminado convirtiéndose en “un teatro del absurdo y la crueldad” ya que con frecuencia “no sirvieron de nada”. O peor aún: sus “imágenes” y “símbolos” han sido manipulados por los poderosos para lograr sus propios fines, mientras que grandes contingentes de las poblaciones tercermundistas son marginadas o destruidas por considerarse obsoletas.

El lúcido análisis de Berman sobre el *Fausto* constituye una crítica radical al concepto de desarrollo, el que subyace

a buena parte de las investigaciones sobre la historia económica latinoamericana. Ello es así de intenso, de manera particular, en la NEH practicada por muchos latinoamericanistas de Estados Unidos, como evidencian las obras sobre la historia económica de México. Esta corriente historiográfica sufre de lo que McCloskey denomina la “neurosis del modernismo”,<sup>108</sup> concebido a partir de un modelo evolucionista —y hasta difusionista— que toma como norma la experiencia histórica de los países industrializados del Atlántico norte. Afincada en una concepción científicista de su quehacer y basada en las teorías y las metodologías dominantes de la economía y la cuantificación, aparentemente, dicha historiografía no se ha interrogado acerca de la posibilidad del desarrollo en una escala mundial.

La impugnación de Berman al concepto de desarrollo, realizada desde la crítica cultural, no es sino la punta de *iceberg* de un cuestionamiento mucho más vasto que se ha generado durante las últimas décadas y que comprende diversas disciplinas, incluso la economía y los estudios sobre el desarrollo. Gilbert Rist traza los orígenes de la idea del desarrollo en la cultura occidental, vinculándola con los mensajes salvíficos, propios de los discursos religiosos. A fortalecer esta homología entre el pensamiento religioso y la noción del desarrollo contribuyó la concepción occidental sobre la “historia natural de la humanidad”, es decir, la noción de que “el ‘desarrollo’ de las sociedades, del conocimiento y de la riqueza responde a un principio ‘natural’ que posee su propia fuente de dinamismo”. Sobre esta concepción se ha erigido una “gran narrativa” según la cual todas las regiones del globo deben seguir esa evolución “natural”.

Lo que actualmente se asume como la verdad acerca de la historia de la humanidad (esto es, el acceso progresivo de todas las naciones a los beneficios del “desarrollo”) está basada en las formas en que la sociedad occidental [excluyendo a todas las demás] ha conceptualizado su relación con el pasado y con el futuro.<sup>109</sup>

<sup>108</sup> McCLOSKEY, 1985, p. 175.

<sup>109</sup> RIST, 1997, pp. 23, 39, 44 y 77.

De tesisura similar son las críticas realizadas por autores como Arturo Escobar y Fernando Mires desde la antropología y la sociología, respectivamente. “El desarrollo [afirma el primero] es el último y fallido intento de completar la Ilustración en Asia, África y América Latina.” Conceptos como el atraso, el desarrollo y el subdesarrollo forman parte de un poderoso “régimen de representación” mediante el cual el occidente ha intentado ubicar a los países del llamado Tercer Mundo en una jerarquía económica e histórica, ello a pesar de que durante la segunda mitad del siglo XX se evidenció plenamente el fracaso de un proyecto desarrollista tras otro.<sup>110</sup> Por su parte, Mires extiende sus críticas a las ciencias sociales latinoamericanas, orientadas por décadas por el binomio subdesarrollo/desarrollo. Regidos por la “dictadura teórica de la economía”, los estudios latinoamericanos sobre el “atraso” incidieron de forma contundente sobre los discursos y las prácticas de los grupos supuestamente contestatarios, quienes, en consecuencia, terminaron por adoptar una “visión progresiva de la historia”, de corte naturalista, similar en el fondo a la sustentada por el “desarrollismo de derecha” ya que en ambas perspectivas la industrialización y el consumo de masas constituían metas fundamentales.<sup>111</sup>

Gradualmente, las incertidumbres en torno al desarrollo han trascendido los ámbitos más esotéricos y han ido irrumpiendo en los bastiones del *establishment* desarrollista. Tal es el caso, para mencionar dos de los ejemplos más conocidos, de los economistas Amartya Sen y Joseph Stiglitz, quienes han realizado planteamientos críticos sobre las teorías y las políticas de desarrollo.<sup>112</sup> A pesar de sus diferencias, ambos autores señalan las limitaciones de las teorías del crecimiento, del desarrollo y de la globalización neoliberal, tal como han sido empleadas por los organismos

<sup>110</sup> ESCOBAR, 1995. La cita proviene de la p. 221. En esta obra se ofrece una buena cantidad de ejemplos de programas desarrollistas fracasados, pese a que muchos de ellos supuestamente “corregían” los errores de los proyectos anteriores.

<sup>111</sup> MIRES, 1993, pp. 13-14, 20-21 y 63.

<sup>112</sup> SEN, 2000 y STIGLITZ, 2002.

internacionales encargados de diseñar y administrar los programas de desarrollo. Voces como éstas tienden a sugerir que algo ha dejado de funcionar en la “ciencia normal” dedicada al estudio del atraso y el subdesarrollo. Como los paradigmas científicos estudiados por Kuhn, las teorías del desarrollo parecen estar aquejadas por diversas “anomalías”; pero, como suele suceder cuando ocurre una crisis paradigmática, los creyentes en el desarrollo siguen aprisionados en sus muros. Transmutadas en una “nueva religión”, las teorías del desarrollo siguen irradiando sus dogmas.

Como los cristianos, que continúan sustentando su fe a pesar de conocer los numerosos crímenes cometidos en su nombre, los expertos en el “desarrollo” reconocen de manera creciente sus errores sin cuestionar sus razones para aferrarse a esa creencia.<sup>113</sup>

En consecuencia, una crítica a la historiografía económica de América Latina presupone el cuestionamiento de sus pilares teóricos y metodológicos, lo que conlleva la impugnación de su cientificismo y de sus pretensiones objetivistas. Por eso implica una objeción al concepto del desarrollo, ese “gran fraude de nuestro tiempo”, como lo ha catalogado Mires.<sup>114</sup> También conlleva asumir que la computación, las estadísticas y la matematización de la realidad social que ellas hacen posible no son sino “maneras de delimitar y someter los objetos, modos de construir el mundo”; que constituyen “un modo de pensar”, por lo que son culturalmente contingentes, y que lejos de ser “el discurso de la ‘pureza’ por excelencia” —rasgo propio de los discursos sagrados—, existen “contaminadas por las significaciones imaginarias colectivas que laten en la razón común propia de cada época y cada cultura”.<sup>115</sup>

En tal sentido, el conocimiento generado por la historia económica constituye sólo una manera particular de com-

<sup>113</sup> RIST, 1997, p. 23.

<sup>114</sup> MIRES, 1993, p. 9.

<sup>115</sup> LIZCANO, 1993, pp. 13-60. *Cursivas en el original.*

prender la evolución de las sociedades humanas, y su instrumental metodológico y heurístico no es sino una forma especial de retórica, otro modo de describir y de referirse a “nuestros semejantes”. Nociones como las de “atraso” o “subdesarrollo” constituyen ejemplos de cómo el lenguaje estadístico conceptúa lo que observa en términos de “desviaciones”. Así se pretende que el “imperialismo de las probabilidades” dicte valores, remplazando a la opinión y al criterio ético —es decir, a la política en su sentido amplio— por la técnica. “Al cubrir la opinión con una etapa exterior de objetividad, remplazamos el juicio por la computación.”<sup>116</sup> Este afán cuantificador usualmente está acompañado de un impulso controlador e interventor cuyo sustrato es la inclinación de convertir la observación estadística en normatividad debido a que “naturaliza” la experiencia histórica de determinadas sociedades, prescribiéndola como deseable para las demás.

Desde su surgimiento, la NEH ha sido especialmente reacia a atender las críticas que se han suscitado en torno a ella.<sup>117</sup> Éstas han girado, sobre todo, alrededor de su incapacidad para cuestionar sus supuestos, entre ellos su renuencia a considerar la pertinencia de las teorías económicas sobre las que basa su instrumental conceptual y sus herramientas analíticas. ¿Cuán válido resulta —se le ha cuestionado insistentemente a la NEH— aplicar a las sociedades del pasado las teorías económicas contemporáneas? De manera similar, es factible interrogarla en cuanto a su pretensión de juzgar la evolución histórica de América Latina tomando como norma la experiencia de Estados Unidos. Esta última cuestión apunta, precisamente, a lo que quizás constituya la principal deficiencia de la NEH: su incapacidad para trascender un relato teleológico que asume la deseabilidad de un desarrollo similar al estadounidense.

Asimismo, tal cuestionamiento conlleva resaltar que “la escritura de la historia” es una suerte de “escenificación del

<sup>116</sup> HACKING, 1995, pp. 17-30. La cita proviene de la p. 22.

<sup>117</sup> Como ejemplos de estas críticas véanse ROMANO, 1972 y CARMAGNANI, 1972.

pasado” que se realiza desde el presente, y cuyo discurso es “magisterial” porque pretende dar “lecciones de gobierno”. Por tal razón, el historiador juega a ser el “príncipe que no es” ya que “analiza lo que ‘debería’ hacer el príncipe”. El pasado es “la escena donde el historiador representa su papel de técnico-sustituto del príncipe”, por lo que ese pasado termina fungiendo como “ficción del presente”.<sup>118</sup> Y aquí estriba la ineluctable relación entre el saber y el poder, ese ineludible vínculo entre la epistemología y la ética que fundamenta la subjetividad básica de toda operación historiográfica.

#### REFERENCIAS

ASSADOURIAN, Carlos Sempat *et al.*

1975 *Modos de producción en América Latina*. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente.

BERGER, Mark T.

1995 *Under Northern Eyes: Latin American Studies and US Hegemony in the Americas, 1898-1990*. Bloomington e Indianapolis: Indiana University Press.

BERKHOFER, Robert F. Jr.

1997 *Beyond the Great Story: History as Text and Discourse*. Cambridge, Mass.: The Belknap Press of Harvard University Press.

BERMAN, Marshall

1989 *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*. Traducción de Andrea Morales Vidal. México: Siglo Veintiuno Editores.

BEVERLEY, John

1999 *Subalternity and Representation: Arguments in Cultural Theory*. Durham: Duke University Press.

<sup>118</sup> CERTEAU, 1993, p. 22.

BONILLA, Heraclio *et al.*

- 1972 *La historia económica en América Latina. I: Situación y métodos.* México: Secretaría de Educación Pública, «Sep-Setentas, 37».

BROHMAN, John

- 2000 *Popular Development: Rethinking the Theory and Practice of Development.* Oxford: Blackwell.

CARDOSO, Fernando Henrique y ENZO FALETTO

- 1969 *Dependencia y desarrollo en América Latina: ensayo de interpretación sociológica.* México: Siglo Veintiuno Editores.

CARMAGNANI, Marcello

- 1972 "Metodología y técnicas para una historiografía económica latinoamericana", en BONILLA *et al.*, pp. 253-264.

CARR, Edward H.

- 1973 *¿Qué es la historia?* Barcelona: Seix Barral.

CARRARD, Philippe

- 1992 *Poetics of the New History: French Historical Discourse from Braudel to Chartier.* Baltimore: Johns Hopkins University Press.

CERTEAU, Michel de

- 1993 *La escritura de la historia.* México: Universidad Iberoamericana.

CLIFFORD, James y GEORGE E. MARCUS (COORDS.)

- 1986 *Writing Culture: The Poetics and the Politics of Ethnography.* Berkeley: University of California Press.

CLINE, Howard F. (COORD.)

- 1967 *Latin American History: Essays on its Study and Teaching, 1898-1967.* Austin: University of Texas Press, 2 vols.

COATSWORTH, John H.

- 1974 "Railroads, Landholding and Agrarian Protest in the Early Porfiriato", en *The Hispanic American Historical Review*, 54:1, pp. 48-71.
- 1976 *Crecimiento contra desarrollo: el impacto económico de los ferrocarriles en el porfiriato* [edición en inglés, 1981]. Traducción de Julio Arteaga Hernández. México: Secretaría de Educación Pública, «SepSetentas, 271 y 272», 2 vols.

- 1978 "Obstacles to Economic Development in Nineteenth-Century Mexico", en *American Historical Review*, 83:1, pp. 80-100.
- 1985 "Cliometrics in Mexican History", en *Historical Methods*, 18:1, pp. 31-33.
- 1990 *Los orígenes del atraso: nueve ensayos de historia económica de México en los siglos XVIII y XIX*. México: Alianza Editorial Mexicana.
- COLLINGWOOD, R. G.
- 1982 *Idea de la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- CROCE, Benedetto
- 1960 *History: Its Theory and Practice*. Traducción de Douglas Ainslie. Nueva York: Russell and Russell.
- 1971 *La historia como hazaña de la libertad*. Traducción de Enrique Díez-Canedo. México: Fondo de Cultura Económica.
- CUMBERLAND, Charles C.
- 1968 *Mexico: The Struggle for Modernity*. Nueva York: Oxford University Press.
- ESCOBAR, Arturo
- 1995 *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton: Princeton University Press.
- FLORESCANO, Enrique
- 1991 *El nuevo pasado mexicano*. México: Cal y Arena.
- FOUCAULT, Michel
- 1985 *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Traducción de Elsa Cecilia Frost. México: Siglo Veintiuno Editores.
- FRANK, Andre Gunder
- 1967 *Capitalism and Underdevelopment in Latin America: Historical Studies of Chile and Brazil*. Nueva York: Monthly Review Press.
- GEERTZ, Clifford
- 1991 *Works and Lives: The Anthropologist as Author*. Stanford: Stanford University Press.
- GEERTZ, Clifford *et al.*
- 1996 *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Compilación de Carlos Reynoso. Barcelona: Gedisa.

GIBSON, Charles y Benjamin KEEN

- 1957 "Trends of United States Studies in Latin American History", en *American Historical Review*, LXII: 3, pp. 855-877.

HABER, Stephen H.

- 1992 *Industria y subdesarrollo: la industrialización de México, 1890-1940*. Traducción de Lili Buj. México: Alianza Editorial Mexicana.
- 1997 "Introduction: Economic Growth and Latin American Economic Historiography", en HABER (coord.), pp. 1-33.
- 1997a "The Worst of Both Worlds: The New Cultural History of Mexico", en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, 13:2, pp. 363-383.
- 1999 "Anything Goes: Mexico's 'New' Cultural History", en *The Hispanic American Historical Review*, 79:2, pp. 309-330.
- 2000 "Introduction: Institutional Change, Economic Growth, and Economic History", en HABER (coord.), pp. 1-20.

HABER, Stephen (coord.)

- 1997 *How Latin America Fell behind: Essays on the Economic Histories of Brazil and Mexico, 1800-1914*. Stanford: Stanford University Press.
- 2000 *Political Institutions and Economic Growth in Latin America*. Stanford: Stanford University Press, Hoover Institute.

HACKING, Ian

- 1995 *La domesticación del azar: la erosión del determinismo y el nacimiento de las ciencias del caos*. Barcelona: Gedisa.

HANDLIN, Oscar

- 1997 "Cómo contar los números", en *La verdad en la historia*. Traducción de Mercedes Pizarro de Parlange. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 196-227.

HANKE, Lewis

- 1980 "The Early Development of Latin American Studies in the U. S., 1930-1949", en ROBINSON (comp.), pp. 103-120.

HIGHAM, John

- 1983 *History: Professional Scholarship in America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, edición revisada.

HUTTON, Patrick H.

- 1993 *History as an Art of Memory*. Hanover y Londres: University of Vermont.

KAMMEN, Michael

- 1982 *The Past Before Us: Contemporary Historical Writing in the United States*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press.

KAY, Cristóbal

- 1990 *Latin American Theories of Development and Underdevelopment*. Londres y Nueva York: Routledge.

KNIGHT, Alan

- 1998 "Latinoamérica: un balance historiográfico", en *Historia y Grafía* 10, pp. 165-207.
- 2002 "Subalterns, Signifiers, and Statistics: Perspectives on Mexican Historiography", en *Latin American Research Review*, 37:2, pp. 136-158.

KUHN, Thomas S.

- 2002 *La estructura de las revoluciones científicas*. Traducción de Agustín Contín. México: Fondo de Cultura Económica.

LAKATOS, Imre

- 1983 *La metodología de los programas de investigación científica*. Editado por John Worall y Gregory Currie. Traducción de Juan Carlos Zapatero. Madrid: Alianza Editorial.

LÉVY-LEBOYER, Maurice

- 1976 "La «New Economic History»", en MEUVRET *et al*, pp. 69-141.

LIZCANO, Emmanúel

- 1993 *Imaginario colectivo y creación matemática: la construcción social del número, el espacio y lo imposible en China y en Grecia*. Barcelona: Gedisa.

MARCUS, George E. y Michael M. J. FISCHER

- 1986 *Anthropology as Cultural Critique: An Experimental Moment in the Human Sciences*. Chicago: University of Chicago Press.

McCLOSKEY, Donald N.

- 1985 *The Rhetoric of Economics*. Madison: University of Wisconsin Press.

MEUVRET, Jean *et al.*

- 1976 *Historia económica y cuantificación*. Recopilación e introducción de Ciro F. S. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli. México: Secretaría de Educación Pública, «SepSetentas, 279».

MINK, Louis O.

- 1987 *Historical Understanding*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press.

MIRES, Fernando

- 1993 *El discurso de la miseria, o la crisis de la sociología en América Latina*. Caracas: Nueva Sociedad.

MOORE, Bartington Jr.

- 1966 *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*. Boston: Beacon Press.

NORTH, Douglass C. y Barry R. WEINGAST

- 2000 "Concluding Remarks: The Emerging New Economic History of Latin America", en HABER (coord.), pp. 273-283.

NOVICK, Peter

- 1997 *Ese noble sueño: la objetividad y la historia profesional norteamericana* [edición en inglés, 1988]. Traducción de Gertrudis Payás e Isabel Vericat. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2 tomos.

O'GORMAN, Edmundo

- 1947 *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. México: Imprenta Universitaria.
- 1999 *Historiología: teoría y práctica*. Estudio introductorio y selección de Álvaro Matute. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

PACKENHAM, Robert A.

- 1992 *The Dependency Movement: Scholarship and Politics in Development Studies*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

PARK, James William

- 1995 *Latin American Underdevelopment: A History of Perspectives in the United States, 1870-1965*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.

PERROT, Dominique y Roy PREISWERK

- 1979 *Etnocentrismo e historia (América indígena, África y Asia en la visión distorsionada de la cultura occidental)*. México: Nueva Imagen.

PICCATO, Pablo

- 2002 "Conversación con los difuntos: una perspectiva mexicana ante el debate sobre la historia cultural", en *Signos Históricos*, 8, pp. 13-41.

REYNOLDS, Clark W.

- 1970 *The Mexican Economy: Twentieth Century Structure and Growth*. New Haven: Yale University Press.

RICEUR, Paul

- 1995 *Tiempo y narración*. Vol. I, *Configuración del tiempo en el relato histórico*. Traducción de Agustín Neira. México: Siglo Veintiuno Editores.

RIST, Gilbert

- 1997 *The History of Development: From Western Origins to Global Faith*. Traducción de Patrick Camiller. Londres y Nueva York: Zed Books.

ROBINSON, David J. (comp.)

- 1980 *Studying Latin America: Essays in Honor to Preston E. James*. Ann Arbor, Mich.: Published for the Department of Geography, Syracuse University, by University Microfilms International.

ROMANO, Ruggiero

- 1972 "Conveniencias y peligros de aplicar los métodos de la «nueva historia económica»", en BONILLA *et al.*, pp. 237-252.

ROSALDO, Renato

- 1993 *Culture & Truth: The Remaking of Social Analysis*. Boston: Beacon Press.

SAID, Edward

- 1979 *Orientalism*. Nueva York: Vintage.

SALVUCCI, Richard J.

- 1992 *Textiles y capitalismo en México: una historia económica de los obreros, 1539-1840* [edición en inglés, 1987]. Traducción de Juan José Utrilla. México: Alianza Editorial Mexicana.

SAN MIGUEL, Pedro L.

- 1997 *La isla imaginada: historia, identidad y utopía en La Española*. San Juan y Santo Domingo: Isla Negra y Librería La Trinitaria.
- 1999 "Las biografías de Juan Bosch: la construcción de una genealogía", en *Revista de Estudios Hispánicos*, xxv:1-2, pp. 173-184.
- 1999a "Falsos (además de confusos) comienzos de una digresión sobre historia y antropología", en *Revista del Centro de Investigaciones Históricas*, 11, pp. 33-61.
- 2001 "Visiones históricas del Caribe: entre la mirada imperial y las resistencias de los subalternos", en *Revista Brasileira do Caribe*, 1:2, pp. 37-89.

SEMO, Enrique

- 1990 "Prólogo", en COATSWORTH, pp. 7-14.

SEN, Amartya

- 2000 *Desarrollo y libertad*. Traducción de Esther Rabasco y Luis Toharia. México: Editorial Planeta Mexicana.

SIMPSON, Lesley Byrd

- 1945 "Diálogo sobre la función del historiador", en *Dos ensayos sobre la función y la formación del historiador*. México: El Colegio de México, «Jornadas 51», pp. 20-41.

STEIN, Stanley J. y Barbara H. STEIN

- 1970 *La herencia colonial de América Latina* [edición en inglés, 1970]. México: Siglo Veintiuno Editores.

STIGLITZ, Joseph E.

- 2002 *Globalization and Its Discontents*. Nueva York: W. W. Norton y Comp.

TAYLOR, William

- 1985 "Between Global Process and Local Knowledge: An Inquiry into Early Latin American Social History, 1500-1900", en ZUNZ (coord), pp. 115-190.

## TENORIO TRILLO, Mauricio

- 1997 "De encuentros y desencuentros: la escritura de la historia en Estados Unidos. Ensayo de una visión forastera", en *Historia Mexicana*, xlv:4(184) (abr.-jun.), pp. 889-925.
- 1999 *Argucias de la historia: siglo XIX, cultura y "América Latina"*. México: Paidós.

## TODOROV, Tzvetan

- 1991 *Nosotros y los otros: reflexión sobre la diversidad humana*. México: Siglo Veintiuno Editores.

## WHITE, Hayden

- 1986 *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- 1992 *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- 1992a *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* [edición en inglés, 1973]. México: Fondo de Cultura Económica.

## WILKIE, James W.

- 1973 *The Mexican Revolution: Federal Expenditure and Social Change since 1910* [1967]. Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 2ª edición revisada.

## ZERMEÑO PADILLA, Guillermo

- 2002 *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*. México: El Colegio de México.

## ZUNZ, Olivier

- 1985 "The Synthesis of Social Change: Reflections on American Social History", en ZUNZ (comp.), *Reliving the Past*, pp. 53-114.

## ZUNZ, Olivier (comp.)

- 1985 *Reliving the Past: The Worlds of Social History*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.